

1. La «Legenda de Origine»

Pier Giorgio M. Di Domenico

Copyright©Piazza San Marcello 5, Roma, Italia

bajo la dirección del Regnum Mariae

INDICE

1. *El Primado de Dios*

El «cuaderno del principio de la Orden»
La perla preciosa
Contemplación
Sed de Dios

2. *Obediencia de la fe*

El primer mandamiento
Los grados del amor
Luminosidad de las lágrimas
Llamados a la libertad

3. *En el mundo, pero no del mundo*

Fuera del mundo
Ve hacia ti
Fuera de Babel
Dios ama al mundo

4. *El eco de Cristo*

El suave sonido de una obediencia inmediata
La cítara de David
El perfume de Cristo
Silenciosa portadora de Cristo

5. *La nueva ciudad*

Llamada a la decisión
La perla de gran valor
Un nuevo trabajo
Estilo de trabajo
Trabajo como misión

6. *Comunión y condisión*

Los motivos del llanto
Serán consolados
La verdadera ciencia
A disposición de todos

7. *Pobreza*

Un olvido significativo
El camino de la salvación
El milagro del amor
Pobreza y discernimiento
Camino de liberación

8. *Amistad*

El seno de Dios
Sello de perfección
Don de Dios

1. EL PRIMADO DE DIOS

Palabra para la lectio: «Nuestra patria está en los cielos» (Fil 3, 20)

Legenda III, 20: contemplación y profecía

Regla de Vida RM: 28

La reflexión sobre la Legenda de origine, tomada este año como representativa de todas aquellas ideologías religiosas y espirituales en las que se basa el carisma del Regnum Mariae, considera el inicio de una verdad que se subraya al inicio mismo de la obra: Dios es antes que todas las cosas (precedente Domino: cfr. Sir 1, 3, en la versión de la Vulgata), y a El los “hombres gloriosos”, que nos han engendrado como padres, han ofrecido con corazón humilde todo pensamiento, palabra y acción.^[1] Esta oferta total constituye su culto divino: “Cuando estos hombres religiosos (...) vivían en el mundo ya unidos a Dios del amor de la vida superior, practicaban el primer y general culto divino: por encima de todo amaban a Dios, a El dirigían todo lo que hacían, lo honraban con todos sus pensamientos, palabras y obras”(n. 21)^[2]. Escuchamos aquí el eco de la exhortación de Pablo: “Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual”(Rm 12, 1). La oración del *Shema*, corazón de la revelación bíblica, era, por lo tanto, la oración de los padres: “Escucha, Israel: ... Tu amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6,5)^[3].

Antes de leer el párrafo 20, sobre el cual se concentrará nuestra lectio, puede ser útil considerar en la memoria algunas noticias esenciales sobre el origen y la redacción de la *Legenda de Origine*.

El “cuaderno del inicio de la Orden”

Así es llamado el código de la *Legenda de Origine* en los registros administrativos del convento de la Santissima Annunziata, que en el año 1375 se marca el gasto del copiado^[4].

El título – *Historia para leerse* (Legenda) *del origen de la Orden de los frailes Siervos de la Virgen María* – no es original, sino que fue añadido por el copista al final del escrito.

La obra, que debió haber sido redactada poco después de 1317 por un autor desconocido (el prior general Pedro de Todi?), se divide fácilmente en tres partes:

1. Una introducción, que contiene el prefacio y los capítulos I-II (párrafos 1-14), centrada en la figura de San Felipe Benicio y su relación con la Orden fundada directamente por “Nuestra Señora”.
2. Una parte central, que contiene los capítulos III-XII (párrafos 15-49), en los que se trazan, sin alguna referencia precisa a fechas y personas, el camino espiritual y las primeras emanaciones del grupo inicial de los Siervos.
3. Una parte conclusiva (los capítulos XIII-XV, párrafos 50-62), de carácter prevalentemente histórico, que retoma el discurso que se interrumpe en el capítulo II, poniendo en evidencia el papel de san Pedro de Verona en la evolución del grupo primitivo de los Siervos en los años 1244-45 y siguiendo las etapas de su progresivo asentamiento en una comunidad jurídicamente reconocida hasta 1267, cuando Felipe Benicio fue electo prior general.

El análisis profundo del texto nos ha permitido aislar un escrito más antiguo, que data de la mitad del 1200, por lo que es un tiempo poco posterior a la experiencia comunitaria de los Siete en Monte Senario. Este núcleo antiguo corresponde a algunos capítulos de la parte mediana de la *Legenda* (capítulos III-XII) y es la historia de los “hombres gloriosos nuestros padres” que tiene inicio desde el tiempo en el que todavía vivían en el mundo. Esta historia narra su amistad y su retiro del mundo, se detiene sobre su vida cotidiana afuera de las puertas de Florencia y en Monte Senario, y se concluye con la decisión de acoger a otros hermanos y de abrir nuevos conventos.

Con respecto al marco del 1300, en el cual está colocado, la sección arcaica presenta no solo una diferencia de lenguaje, sino también una diversa impostación teológica y espiritual. Dios está al centro como Aquel que inspira el itinerario penitencial y contemplativo del grupo primitivo, iniciado con un acto de confianza en la “Reina del cielo, la gloriosísima Virgen María, (...) porque ella, que es la mediadora y abogada, los reconciliara y los recomendará a su Hijo” (n. 18). En Monte Senario, el monte santo donde Abraham encontró a Dios, la primera comunidad de los Siervos encuentra el lugar apto para la continuación de su vida. Es importante notar que sobre Monte Senario se habla solamente en esta sección antigua. El autor muestra el hecho de estar bien informado sobre las diversas formas con las cuales el Senario era llamado y conoce directamente el lugar: “De lejos (nuestros padres) veían el monte indicado por Dios: se alzaba por encima de los montes circunstantes. Se acercaron para ver como estaba hecho. En la cima encontraron un bosque bellísimo, aunque si era pequeño: por una parte una fuente de agua óptima, todo alrededor un bosque ordenadísimo, como si hubiera sido plantado por manos humanas. Este era verdaderamente el monte preparado por Dios” (n. 41).

Una característica de la sección arcaica es una referencia constante a la Escritura, con muchas citas explícitas que aunque si comunes al ambiente literario y religioso del tiempo, abren una espiral sobre el clima espiritual en el cual estaba inmerso Monte Senario.

El marco del 1300 – es decir, el prefacio, los capítulos I-II, parte del III, y capítulos finales XIII-XIV y los de recuerdo, IV-V y VII – pone en evidencia la acción de la Virgen y los eventos fundamentales de la vida de san Felipe. Englobando en este marco fuentes

que pertenecieron a la primera generación de los Siervos, el autor del 1300 ha tratado de crear una síntesis entre las inspiraciones primitivas de la contemplación y de la pobreza y el desarrollo de la Orden, que ya había adquirido un carácter mariano siempre más agudo.

La perla preciosa

El capítulo III, que describe los estados de vida en los que se encontraban los Siete cuando estaban en el mundo, a pesar de ser de contenido substancialmente arcaico, manifiesta, en los párrafos 15-19, intervenciones frecuentes por parte del redactor final, que ha tratado de retocar o completar la fuente primitiva.^[6]

El lenguaje y la teología de los párrafos 20 y 21, que hablan de la contemplación y el culto divino actuado por los padres, nos llevan con suficiente seguridad a la sección arcaica.^[6] En el párrafo 19 la Legenda revela que “nuestros venerables primeros padres e iniciadores de la Orden eran perfectos ya antes de que se unieran. De hecho por el compromiso de penitencia, voluntariamente asumido, la verdadera fe cristiana se había vuelto en ellos un habito [...] una orientación profunda”. Es interesante este aspecto dado a la perfección de los padres antes de que se unieran en comunidad. Nos recuerda que la vida común exige una fe madura, la búsqueda de Dios, ante el cual todo el resto se vuelve relativo. Los padres, habiendo conocido la virtud de la fe, “la eligieron en el deseo de adornarse habitualmente con una perla preciosísima encontrada y reconocida en su valor. Por esto pusieron en venta sus bienes y a ellos mismos para poseerla”. Sin este despojo personal, condición esencial de la fe, no se puede iniciar un camino comunitario.

Contemplación

La fe, con amor solo por Dios, encuentra su alegría en el “contemplar la vida celeste”. El párrafo 20 nos presenta una intensa descripción de la vida contemplativa de los padres. El pensamiento dominante, que absorbe todo deseo, es Dios. Por esto “podían decir con toda verdad que, si nuestra patria esta en los cielos, esta tierra no es nuestra demora permanente y nuestra aspiración debería ser la de romper cuanto antes los lazos con ella. Y es este el significado al que orienta la Legenda misma cuando añade: “Tan intenso era el lazo de amor con Dios que no sólo temían como máximo tormento el ser separados de Él, sino también el vivir en este mundo lo sentían como un peso y esperaban con alegría la muerte para poder estar con Él”. Esta contraposición entre cielo y tierra ha ofuscado con frecuencia el testimonio evangélico de los creyentes en el mundo.

“Patria” es, la traducción italiana del termino latino de la Vulgata (la que es citada por la Legenda) que es *conversatio*, es decir, “comportamiento”^[7]. El sustantivo recurre en la forma verbal en Hch 23, 1, donde Pablo, presentándose ante el sinedrio, inicia su defensa así: “Hermanos, yo he actuado hasta ahora ante Dios en perfecta rectitud de conciencia”. Por lo que “patria” en realidad quiere decir acción, comportamiento. Nuestro comportamiento como ciudadanos en este mundo “esta en los cielos”, es decir, celeste, contraponiéndose a lo mundano. Vivimos en este mundo, pero con un estilo que no es de este mundo, el estilo de quien no es esclavo de este mundo, de sus ídolos, de sus ideologías, el estilo de quien ha realizado una unidad profunda en si mismo y con el mundo por medio el único amor de Dios. Por lo que la afirmación de Fil 3, 20, citada como soporte de la contemplación de los padres, no justifica una fuga del mundo, sino que requiere una inserción diversa y más profunda en el mundo. Nuestro modo de ser ciudadanos en el mundo no puede conformarse con la mentalidad corriente, sino que debe hacer brillar la presencia de una realidad que sola puede dar significado y plenitud a nuestra actividad en este mundo. De esta forma, la contemplación no es un perderse en Dios: es la acogida de una palabra que transforma nuestra vida y la hace signo de una posibilidad diversa de vida. La contemplación es en si profecía. El profeta es antes que nada el amigo de Dios: escucha con atención y amor su Palabra, y después la anuncia con una fuerza que

no es suya, porque siente un fuego que arde en su corazón (cfr. Jr 20,9), Dios mismo que todo absorbe y quema en si.

El párrafo 20 se cierra con una segunda citación de la carta a los Filipenses: “Tenemos el deseo de irnos a estar con Dios” (1, 23). La Legenda da a esta frase un significado ascético de liberación de este mundo considerándolo un peso. En realidad Pablo no quiere expresar ningún juicio negativo sobre este mundo (que para la Biblia es bueno, porque proviene de las manos de Dios), sino mas bien su deseo de soltar las velas^[8] (tal es el significado técnico del verbo griego, traducido de la Vulgata con *dissolver*) hacia el puerto suspirado que es Dios.

Este es el deseo que sostiene nuestra oración y nuestra acción: sin el, la oración se vuelve estéril y la acción pierde su motivación y cae en la desconfianza. El deseo de Dios nos sostiene, aun cuando no se ve ningún resultado. Si este deseo desaparece, nuestro amor se enfría y la fe va a la deriva.

La aventura evangélica de los padres inicia, por lo tanto, con esta elección contemplativa. La escena de María de Betania a los pies de Jesús (Lc 10, 38-42) está ante los ojos de quien ha escrito lo que se volvió el párrafo 20 de la Legenda: “El haber sido revestidos de la verdadera fe cristiana, llevaba (a los primeros padres) a la perenne contemplación de las realidades celestes: era una tendencia que se volvió una inclinación natural. *Habiendo elegido la parte mejor* de la contemplación, no se preocupaban de las cosas terrenas, sino que querían solo conocer y poseer los bienes celestes”.^[9] Tal deseo de comunión incesante con el Señor se retoma en el párrafo 30, que describe el período de preparación de los Siete a la vida en común. Aquí se presenta una expresión muy querida por la espiritualidad medieval, pero llena también hoy de significado: *vacare contemplationi*, es decir, hacerse libres de todo aquello que puede impedir la contemplación del Señor.^[10]

Sed de Dios

En línea con este mensaje del párrafo 20 de la Legenda, se puede ahora leer el capítulo V de la Regla de Vida, dedicado a la oración, valorizando ante todo la citación del salmo 42, 3, puesto como título que interpreta el significado de todo el capítulo: “Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo”. La oración es la sed del deseo de Dios.

En particular pongamos atención a estas indicaciones que están en el capítulo:

- La vida consagrada es una “profunda y constante comunión con el Señor” (art. 28), es “vivir en un continuo comportamiento orante” (art. 30). La contemplación, como búsqueda incansable del rostro del Padre, es parte estructural de la vida consagrada en el mundo, es la raíz que sostiene el árbol en sus varias ramificaciones, es el alma de toda actividad en el mundo.
- Elegir a Dios como sumo bien no es olvidarse del mundo, sino amarlo como Cristo lo ama (art. 28). Amar al mundo, sin adecuarse a la mentalidad “mundana”, sino insertando en el mundo una nueva corriente de vida.
- La oración es un servicio de amor, porque con ella entregamos el mundo a las manos de Dios, en la esperanza que sea cada vez más un lugar donde se cumple la voluntad de Dios (art. 29 y 33).
- La oración exige una disciplina para estar en grado de realizar una separación del trabajo habitual y reservar “algunos momentos para dedicarlos exclusivamente al encuentro con Dios” (art. 30). Este es uno de los ejercicios ascéticos propios de quien se encuentra inmerso en las actividades de este mundo.

- La oración es un medio importante para regular el propio tiempo. El tiempo no puede ser nuestro patrón, sino que es el ámbito en el que nos volvemos personas completas, capaces de ir hacia nosotros mismos y juntos hacia los demás, con amor y libertad. Un medio importante para apropiarse del tiempo y hacerse un programa de la jornada, fijando el momento de la oración y permaneciendo fieles (art. 32).

2. OBEDIENCIA DE LA FE

Palabra para la lectio: «Te amo, Señor, mi fuerza» (Sal 18,2)

Legenda VIII, 39: el camino del amor

Regla de Vida RM: 21

La Legenda de Origene, que nos está acompañando en el camino de descubrimiento de las raíces del carisma del Regnum Mariae, se abre con la afirmación del primado de Dios: antes de toda actividad en el mundo, nuestra vida es sed de Dios, búsqueda de su rostro, contemplación y oración. Todo esto, como se vio la vez pasada, no es una fuga del mundo, sino que constituye nuestro modo de ser en el mundo, nuestra profecía.

Este amor exclusivo inspira nuestra obediencia, es decir, la disponibilidad de escuchar las voces que vienen del mundo o de los eventos de nuestra vida personal, para acoger la misma voz de Dios y seguirla fielmente. La fe, nos dice la Escritura, es de por sí obediencia, escucha (cfr. Rm 1,5 y las referencias indicadas por la Biblia de Jerusalén en la nota de este versículo): una obediencia ciertamente no fácil, pero que no nos hace tristes, mas bien da la alegría de experimentar concretamente la comunión con Dios, amado sobre todas las cosas.

El primer mandamiento

El párrafo 39 de la Legenda, en el que se concentra esta vez nuestra atención, concluye con el capítulo octavo, que pertenece a la sección arcaica^[11] y describe la vida espiritual de los Siete en el provisorio retiro florentino, un tipo de práctica comunitaria, antes de subir a Monte Senario (LO n. 31). Todo el discurso está guiado por el concepto agustino de caridad ordenada.^[12] El amor, para ser verdadero, debe respetar una jerarquía: primero Dios, después a sí mismos, y después el prójimo. No nos debemos asombrar si en el segundo lugar está colocado el amor a sí mismo, porque no se puede amar al prójimo si no se tiene una relación armoniosa con nosotros mismos.

Los siete, “desde el primer momento de su experiencia comunitaria, dirigieron decididamente el corazón al cumplimiento del precepto de una caridad ordenada” (LO, n. 35).

Antes de todo Dios, amado con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. La espiritualidad del *Shemá* (Dt 6,5) está siempre en el centro de la experiencia de los padres (LO n. 21). El amor de Dios es la fuente de todo amor.

El amor hacia sí mismos se expresa en el dominio del alma en sus deseos, emociones y sentidos y en el cuidado del equilibrio del cuerpo (LO n. 36)

El amor hacia el prójimo se concretiza en el conocimiento de sus necesidades, en la participación al dolor de los demás, en la misericordia, en el perdón, en la exhortación (LO n. 37).

El párrafo 38 sintetiza rápidamente un estilo de vida que tiene como ley suprema el amor: “sabíamos responder a las ofensas, permaneciendo fuertes en una paciencia que todo soportaba; a las comodidades de la vida oponíamos la dureza de la penitencia, con la cual alejábamos las seducciones de la carne y del mundo; a la flojera reaccionaban con el

fuego ardiente del sufrimiento que no permitía al alma volverse tibia; contra la ignorancia hacían resplandecer su generosa benevolencia, que edificaba a los demás dando bienes materiales en el tiempo de necesidad; a las preocupaciones mundanas oponían el equilibrio de una sabiduría que no acepta honores ni tampoco se preocupa por reclamar cuanto le pertenece; contra la inconstancia de ánimo resistían firmes en la constante fidelidad a Cristo, de la cual consideraban máxima pena el ser separados”.^[13]

Los grados del amor

Por lo que la verdadera tristeza, es la de ser alejados de Cristo. Ya en el párrafo 19 de la Legenda se ha tocado el tema de la tristeza y de la alegría como signos de la auténtica fe convertida en “hábito” de la persona, es decir, orientación vital y constante.^[14] La fe en Cristo se vuelve el medio de discernimiento de todo nuestro actuar, porque toda acción que realizamos suscita inmediatamente o tristeza o alegría, ofuscando o reforzando la relación exclusiva con Cristo.

La alegría de la obediencia comporta un itinerario de ascensión descrito en el párrafo 39: el punto de inicio es la humildad, el más alto es una caridad perfecta que no huye ni siquiera al sufrimiento. Toda etapa, que marca progresivamente un grado siempre más alto de amor, está señalada por una citación bíblica. Por lo que también nuestra lectio no se limita al inicio del salmo 18, sino que hace tesoro de las conexiones que la lectio de los padres en el Monte ha recogido en este salmo y en otros pasos de la Escritura. Está claro que todo versículo no puede leerse aisladamente, sino insertado en el vasto contexto. Aquí se dan sólo algunas indicaciones para la profundización personal y comunitaria.

La elección de vida de los padres tenía una única motivación: el amor. Sólo el amor nos ha movido para querer ser fermento en el mundo a través de la dedicación total a Dios, la comunión fraterna, el servicio. No hay otras razones, o talvez podrían haber existido, porque al inicio las motivaciones no son todas tan límpidas y en nuestras elecciones juegan varios factores. Sin embargo, yendo hacia adelante en nuestro camino de purificación, nos debemos de convencer cada vez más que estamos aquí sólo por amor y repetir con los padres el inicio del salmo 18: “Te amo, Señor, mi fuerza”.

El salmo 18 se reproduce en 2 Sam 22, 2-51 como canto de David, y ha inspirado el salmo 144, 1-11 (es útil un trabajo de confrontación de los textos), pero en ambas falta el verbo tan característico del inicio: “Te amo”. Esta declaración de amor, que el orante dirige a Dios, es única en el salterio.

Es un amor profundo e intenso, como lo sugiere la raíz del verbo que contiene el significado de “vísceras”: el amor de una madre que da al hijo todo a partir de sus vísceras, todo su amor y dedicación. Tantas veces este verbo es aplicado a Dios en la Biblia (cfr. Os 2, 25; 11, 8c; Is 49, 10; 54, 8.10; 55, 7; Jr 12, 15; Lam 3, 32; Mi 7, 19; Zac 10, 6; Mc 6, 34 y paralelos); en el salmo 18 expresa el comportamiento del orante que se confía totalmente en Dios, porque sabe que sólo de él viene la victoria. Dio, de hecho, es todo: la fuerza, la roca, la liberación, el reparo, el escudo y el baluarte, la salvación.

El segundo grado del amor es la capacidad de obedecer, en la esperanza, de la vida cuando ésta nos ofrece sus pruebas dolorosas. El pasaje bíblico citado al respecto es Job 13, 15: “Aunque si mi creador me matara, esperaré en Él”. “Mi Creador” (factor) es algo añadido por el autor de la Legenda que tiene en mente otros pasajes de Job en los que recurre el término (4, 17; 32, 22). La citación está hecha según la Vulgata,^[15] que retoma el *qeré*,^[16] hebreo. Se amplía cada vez más la fractura entre Job y sus amigos: éstos últimos llevan sus argumentos teológicos para justificar la obra de Dios; Job lo contesta porque siente que es importante y de deber ante preguntas que resultaban graves. Ahora Job quiere juzgar a los amigos, en lugar de ser juzgado por ellos (12, 1-13, 12), y sobre todo intenta interrogar directamente a Dios, que es el principal adversario (13, 13-28). “Callad”, dice Job a los amigos; “Estad lejos de mí; hablaré yo, suceda lo que

suceda. Quiero sostener mi carne con los dientes, tendré mi vida entre las manos” (13, 13-14). Es tan importante para él defender la propia inocencia ante Dios que hasta la muerte y la ruina pasan a segundo término. Job no quiere aceptar fatalísticamente el juicio de Dios: se defiende con fuerza ante él, porque advierte en el fondo que ya este valor de presentarse ante Dios y hablar con él es garantía de inocencia. La lectura, señalada al margen del texto hebreo se retoma por la Vulgata – “yo espero en él” o “yo espero de él” – reflexiona con profunda intuición: este esperar no es un momento pasivo en las manos del más fuerte, es un acto de fe en Quien nos renueva sólo en la gracia de su amor. También este acto de fe, de abandono y de esperanza requiere tanto valor.

El ápice supremo del amor se logra cuando se permanece en la alegría aunque sufriendo por Cristo. El texto, al cual los padres se refieren para ilustrar esta experiencia, es Hch 5, 41.

Los apóstoles, con Pedro en primera línea, después de su liberación prodigiosa de la cárcel, habían regresado al templo para enseñar. Detenidos nuevamente por los guardias, son conducidos ante el sanedrín, quien les había ya prohibido predicar en nombre de Jesús; pero Pedro, junto con los apóstoles, tiene la audacia de declarar: “Es necesario obedecer a Dios más que a los hombres” (Hch 5, 29). Escuchado el parecer de Jamaiel, que aconseja no arriesgar el oponerse a Dios, el sanedrín hace azotar primero a los apóstoles y después los pone en libertad, ordenando no continuar a hablar en el nombre de Jesús. “Pero ellos se fueron del sanedrín alegres de haber sido dignos de ser ultrajados a causa del Nombre” (Hch 5, 41). Es un honor sufrir por causa del evangelio, como dice san Pedro en su primera carta a los fieles dispersos en el mundo, elegidos para obedecer a Jesucristo y para ser esparcidos de su sangre (cfr. 1 P 1, 1.2): “En la medida en la que participéis a los sufrimientos de Cristo, alegraos porque en la revelación de su gloria podáis alegraros y exultar: Bienaventurados vosotros, si venís insultados por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria y el Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ninguno de vosotros sufra como homicida o ladrón o delator. Pero si uno sufre como cristiano, no se enrojecza; glorifique a Dios por esto” (1 P 4, 13-16).

Luminosidad de las lágrimas

Esta alegría de la obediencia por el evangelio – alegría que pide un alto precio de sufrimiento – inunda la segunda parte del párrafo 39, uno de los pasajes más intensos de la literatura religiosa medieval por su “tonalidad mística excepcional”^[17] Esta pone juntos Mt 25, 1-10 y Lc 12, 35-36: las vírgenes prudentes en espera del Esposo y los siervos que vigilan para estar listos y abrir al patrón que regresa de las bodas. “Como las vírgenes prudentes, llevaban listas las lámparas en las manos. De hecho tenían un vaso de oro, es decir el corazón puro donde preparaban hospitalidad al Esperado; llenaban el vaso de aceite, es decir el corazón de aquel amor con el que iban a esperar al Esperado en la alegría; encendía la lámpara con el calor de la flama, es decir, con el férvido deseo del corazón con el que iban al encuentro de Cristo que venía a verlas; y finalmente limpiaban la lámpara del corazón con el esplendor, es decir con el ejemplo dado al prójimo y la contemplación de las realidades superiores. Con lágrimas luminosas abrían a Cristo que tocaba la puerta, y al recibirlo en el propio corazón y gustando los dones de su gracia, se alegraban profundamente de la presencia de un gran Esposo. Con el ejemplo de santidad ofrecido a todos, le encendían la caridad y la llevaban con su entusiasmo hacia el amor de Cristo”.^[18]

El pasaje se retoma por el párrafo 46, que insiste en la fuerza de irradiación que emana del testimonio de sencillez y de transparencia de los padres. Los pasajes bíblicos, a los que se refiere (Ct 2, 8-10; 3, 1-4; 5, 1-2; Rm 8, 26-27; Ap 3, 20), sirven para ilustrar la espera ardiente de Cristo, el Elegido, el Amigo, el Esposo. A Cristo que toca la puerta, los padres están listos a abrirle “con la luminosidad de las lágrimas” (expresión idéntica al n.

39 y al n. 46): dolor y alegría por la ausencia/presencia del Amado que forma su bien más grande y al cual han dedicado la vida.

Llamados a la libertad

Dando ahora una mirada a la *Regla de Vida*, ponemos también esta vez la atención en la citación evangélica a cuya luz se debe de leer y de interpretar el capítulo IV, dedicado a la obediencia: “Es necesario que el mundo sepa que yo amo al Padre y que hago lo que el Padre me ordena” (Jn 14, 31). Aquí la conjunción “y” explica en qué cosa consiste el amor de Jesús hacia al Padre: yo amo al Padre, es decir, hago lo que el Padre me manda. La obediencia de Jesús hace concreto su amor.

Por lo que el art. 21 pone el acento sobre la ejemplaridad de Jesús “en la búsqueda constante y en el cumplimiento fiel al diseño amoroso y salvífico de Dios”. Este artículo se cierra con una palabra importante: libertad. Es la libertad del amor, última meta de nuestro camino de fe y de fraternidad. Hemos respondido a la llamada de Cristo y hemos decidido entrar a ser parte de una más amplia familia para alcanzar la plena libertad fuera del egoísmo que nos esclaviza. En esto, nuestra compañera y maestra es la Virgen María con su “disponibilidad consciente” a la voluntad de Dios (art. 26). Esta conciencia se madura por medio del contacto vital con la Palabra de Dios, la fidelidad a la Regla de Vida y al continuidad del diálogo, aún cuando surgen incomprendimientos y diversidades entre nosotros que son fuente de sufrimiento (art. 22).

El art. 23 menciona aquel aspecto fundamental de la obediencia como aceptación amorosa de las diversas situaciones que la vida nos presenta. Pueden suceder eventos que han cambiado nuestra vida, que deshacen nuestros proyectos, condicionan nuestras elecciones. Obedecer a todo esto es una gracia del Señor. Acoger las pruebas en la esperanza es una ayuda ofrecida a quien ya no tiene confianza.

Finalmente el art. 27, especificando los vínculos que comporta el voto de obediencia, recuerda que el horizonte de nuestra vida no está limitado a nuestra persona. También las elecciones personales, como las que se relacionan con la propia profesión, con un lugar de trabajo, con un compromiso social y apostólico, con un cambio de residencia, deben ser sometidas a un discernimiento comunitario, por medio de la confrontación con la directa responsable. La obediencia es nuestra fatiga cotidiana de salir de nosotros mismos y de poner nuestra vida a disposición de los demás.

3. EN EL MUNDO PERO NO DEL MUNDO

Palabra para la lectio: «Va hacia ti» (Gn. 12, 1)

Legenda IX, 40; *X*, 42: la ascensión interior

Regla de Vida RM: 46

Los capítulos IX y X de la *Legenda*^[19] se concentran en el camino de los Padres hacia Monte Senario. La decisión de dejar Florencia está inspirada por el deseo de una soledad más intensa para dedicarse exclusivamente a la contemplación de Dios en una comunidad animada por el amor fraterno y la unidad.

Fuera del mundo

Esta subida de los Padres hacia el monte está trazada según el itinerario de Abraham que parte de su tierra, de su patria y de la casa de su padre, para llegar a la tierra que Dios le mostrará (Gn 12, 1). La primera separación que Abraham realiza – la de su tierra y la de su patria – ha sido renovada por los Padres cuando, “separándose de las familias, habían eliminado toda incertidumbre que los pusiera en riesgo de insertarlos de nuevo en vanos pensamientos” (LO 40).^[20] El estilo de vida, tomado en su primera morada fuera de la puerta de Florencia (LO 31, atraía a un gran número de personas que los buscaban para

tener “el apoyo de su oración y la dirección de sus consejos. Terminaron así por estar completamente ocupados por las visitas (...). Su mente estaba distraída y la continua imposibilidad de actuar ese estado de la contemplación, que deseaban, los ponía en un profundo descontento” (LO 40).

Por lo que se hizo necesaria la segunda separación, la de la casa del padre. “Su más grande temor era el de no agradar más a Dios por la disipación de la mente causada por el seguimiento de la gente. Dios, con el mismo amor con el que los había unido juntos para dejar su tierra y la familia y edificar al pueblo, les dio un corazón solo para salir de la casa paterna, y por lo tanto dejar las relaciones con el mundo”.

Como se ve, las motivaciones de una separación más radical son siempre y sólo de Dios: purificar el pensamiento, para que no sea contaminado por la búsqueda de sí mismos o del suceso o de la fama, sino que permanezca fijo en el amor puro y gratuito del Señor. Hacia este amor tenían que crecer, como lo sugiere la llamada de Ef 4, 14-15: “No somos como niños botados por las olas y llevados de aquí hacia allá por cualquier viento de doctrina, según el engaño de los hombres (...). Al contrario, viviendo según la verdad de la caridad, buscamos crecer en todas las cosas hacia él, que es la cabeza, Cristo”.

Ya que los Padres nutrían un sincero deseo de Dios, su oración fue escuchada: “Dios que ayuda a quienes lo aman, inspirando su deseo de salvación, y colma de su voluntad a quien lo teme y en nadie más tiene confianza más que en él, escuchó el deseo de nuestros padres. Había sido él quien inspiró este deseo, y Él lo realizó: en la inmensidad de su providencia les mostró el lugar que por tanto tiempo habían deseado, indicándoles también la forma en la que podían vivir ahí” (LO 40).

En Monte Senario los padres pudieron concretizar su deseo de total donación a Dios. Es el monte que evoca los lugares sagrados donde Dios se ha manifestado (LO 41). Es el monte de Moria, donde Abraham ha consumado el sacrificio de obediencia al Señor (Gn 22, 2). Revoca el Monte Sión, sólido como aquél que espera en el Señor: “Quien confía en el Señor es como el monte Sión: no vacila, es estable por siempre. Los montes circundan Jerusalén: el Señor está alrededor de su pueblo ahora y por siempre” (Sal 125, 1-2). Es todavía el monte del templo del Señor, donde afluyen todos los pueblos para aprender la palabra de Dios y conocer sus vías de paz y de reconciliación (Is 2, 2-5).

La Legenda evoca también la montaña hacia la cual Lot y su familia deben encontrar salvación de la ruina de Sodoma y Gomorra. “Cuando llegó el alba, los ángeles hicieron apresurar a Lot diciendo: ‘Anda, toma a tu mujer y a tus hijas que tienes aquí y sal para no ser destruido en el castigo de la ciudad.’ Lot dudaba, pero aquellos hombres tomaron por mano a él, a su mujer y a sus dos hijas, por un gran acto de misericordia del Señor hacia él; lo hicieron salir y lo condujeron fuera de la ciudad. Después de haberlos conducido fuera, uno de ellos dijo: ‘Huye, por tu vida. No veas hacia atrás y no te detengas dentro del valle; huye sobre las montañas, para no ser destruido.’” (Gn 19, 15-17). Los padres salieron de Florencia, sin volverse atrás, rompiendo decisivamente y sin llantos toda relación con el mundo. Tenemos, a este punto, que hacer mucha atención: el tipo de lenguaje puede desviarnos y hacernos creer que la vida cristiana sea un huir del mundo. En realidad, es un distanciarse que no quiere decir ruptura o desprecio, sino tomar conciencia de la propia identidad de persona que se dona totalmente al único Señor de su vida. En esta manera los padres regresaron al mundo como fermento escondido que hace crecer a los otros hacia una nueva conciencia.

Ve hacia ti

La subida de los padres de Florencia a Monte Senario señala un camino interior. Por lo que los capítulos IX y X de la Legenda, a pesar de que presentan un ideal monástico que pone en evidencia la separación y la soledad, contienen un mensaje vital para quien vive en el mundo.

La ascensión interior tiene como punto de partida una profunda y dolorosa conversión: “Vivieron – dice la Legenda 42 – antes en el valle de lágrimas, donde la contrición los lavó, los hizo puros y listos para iniciar la subida”. Y cita el salmo 84 (83), 7,6: *En el valle de lágrimas las ascensiones dentro su corazón*. A través de la purificación interior subimos hacia el lugar que nos es propio, allí donde está el Señor, lugar de nuestros deseos más grandes. San Agustín, uno de los autores más amados de la Legenda, comenta así estos versículos: “¿Qué da el Señor con su gracia a quien él toma y conduce? Prosigue el salmo y dice: *Las ascensiones en el corazón de él*. Nos da los escalones para subir. ¿Dónde produce estos escalones? En el corazón, Por lo que, mientras más amarás más subirás. [...] Pero, ¿dónde hace esto? *En el valle del llanto*. [...] Propio aquí él pone esto en el corazón de las ascensiones. Aquí se llora porque aquí se siembra, como está dicho: *Caminaban y avanzaban llorando, mientras dispersaban sus semillas* (Sal 125, 6). Por lo que deja que las ascensiones sean puestas por Dios en tu corazón como resultado de su gracia. Sube el camino del amor. Con el amor en el corazón se canta el cántico de los escalones “[121](#)”

También la llamada de Abraham, sobre la cual está modelada la experiencia de los Siete, es el inicio de esta ascensión dentro el corazón. “Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre...” (Gn 12, 1). El hebreo *lek lekā*, literalmente puede también querer decir: “ve hacia ti” (cfr. también Ct 2, 10). El punto central, al que es necesario regresar, es a sí mismos, la propia conciencia: un viaje largo, difícil, que nos lleva a descubrir a Dios y a los demás no fuera, sino dentro de nosotros mismos, en una parte nuestra (cfr. cuanto ha sido dicho en la precedente reflexión sobre la obediencia). Uno de los pasos fundamentales del Concilio Vaticano II es el que subraya esta dimensión interior de la persona. Sólo con personas comprometidas en un proceso de regreso a sí mismas, a la propia conciencia, la vida puede florecer en el mundo. “En el íntimo de la conciencia el hombre descubre una ley que no se la da él, sino a la cual debe obedecer y a cuya voz que lo llama siempre, a amar y a hacer el bien y a huir del mal, cuando es necesario, claramente dice a los oídos del corazón: haz esto, haz esto otro. El ser humano tiene en realidad una ley escrita por Dios en su corazón: obedecerla es la dignidad misma del ser humano, y según ésta él será juzgado. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario de la persona, donde ésa se encuentra solo con Dios, a cuya voz resuena en la intimidad propia. Por medio de la conciencia se hace conocer en forma admirable aquella ley, que encuentra su cumplimiento en el amor de Dios y del prójimo. En la fidelidad a la conciencia, los cristianos se unen a los demás para buscar la verdad y para resolver según la verdad tantos problemas morales, que surgen tanto en la vida de los individuos como en la sociedad” (*Gaudium et spes*, 16).

En este viaje hacia nosotros mismos estamos conquistando una libertad siempre más grande: una de las cualidades que el viaje interior comporta, es la de la autonomía: nos asumimos la responsabilidad de nuestras elecciones, aprendemos a decir la verdad con sencillez y amor, vivimos libres de los condicionamientos del ambiente y llevamos la contribución de nuestras convicciones profundas.

El viaje interior comporta también la compasión por el mundo entero y la acogida de la vida como bendición, es decir como un don extendido a todos, el testimonio del amor de Dios creador. “Te bendeciré ... y te volverás una bendición ... y en ti se dirán benditas todas las familias de la tierra” (Gn 12, 2.3).

La Escritura anota que Abraham salió de Canaan a 75 años (Gn 12, 4): un particular que nos conforta, porque nos dice que este viaje puede iniciar en cualquier momento de la vida, hasta en un tiempo en el cual a nosotros nos parece de estar avanzados con los años y talvez sin haber concluido nada.

Abraham llegó al país de Canaan, lo pasó hasta Sichem, cerca del árbol de Moré. En el país se encontraban entonces los cananeos (Gn 12, 5-6). La mitad del viaje no tenía posesión de la tierra. Por tres veces el Génesis recuerda que Abraham construyó un altar al Señor: uno cerca el árbol de Moré (12,7), otro sobre las montañas a oriente de Betel (12,8), y otro en los árboles de Mamre que se encuentran en Ebrón (13,8). Esta insistencia es significativa: Abraham no conquista la tierra, donde ya vive un pueblo; la recibe del Señor como lugar en el cual simplemente “pasa”, no vive como propietario. Es por esto que la Biblia atribuye a Abraham el calificativo de “hebreo” (Gn 14, 13). Tal calificativo le viene dado del inicio de su jerarquía llamado Eber (Gn 10, 24; 11, 16 ss); pero la raíz del nombre quiere decir “atravesar”. Es verdad tanto que la Biblia griega presenta el término con *perátes*, es decir pasajero, emigrante. El estar de Abraham en medio del mundo es precisamente el del emigrante.

Por lo que también este ir hacia nosotros mismos no es un apropiarse de nosotros; mas bien es una expropiación, es un no poseerse, porque le pertenecemos completamente al Señor. Es por esto que el culmen del itinerario de Abraham es el monte Moria donde está listo a inmolar a su hijo.

Fuera de Babel

Una peregrinación de liberación de la cárcel tenebrosa de Babel: la llamada de Abraham está relacionada estrechamente con Gn 11. Ha sido pensado un proyecto deshumano: “Vengan, construyamos una ciudad y una torre, cuya cima toque el cielo y hagamos un nombre, para no dispersarnos en toda la tierra” (Gn 11,4). Es decir: destruyamos todas las diferencias, impongamos una sola visión de la vida, una única concepción de civilización, de sociedad, de economía, de política, de religión. Hacer la unidad del mundo no a través del encuentro de diversidades, sino por el predominio de grupo, de una clase, de un país sobre todos. Dios no puede aceptar un proyecto de este tipo. Desciende a confundir las lenguas y llama a un hombre, Abraham, para hacer entender que Él, Dios, no se encuentra en la uniformidad opresiva y mortificante, sino en quien se pone en viaje y que en este mundo pasa como huésped y peregrino, sin pretender nada como posesión.

Puede ser útil recordar que en la liturgia de las sinagogas del sábado en la lectura de Gn 11, 1-9 lo sigue la *haftará*^[221] de Sof 3, 9-17. Sofonías transmite su mensaje en una época de esperanza y de espera, el reino de Josia (1,1) que culminará en la famosa reforma religiosa del 622 a.C. A la gente se le dirige la invitación: “Todos busquen al Señor, humildes de la tierra, que siguen sus órdenes; busquen la justicia, busquen la humildad” (2,3). La posibilidad de una renovación espiritual pasa a través del resto de un “pueblo humilde y pobre”, que ha ya eliminado de si la arrogancia del poder y de la supremacía y confía únicamente en el Señor (3, 12); él ora con “labio puro”, porque sirve a Dios “con un solo hombro” (3, 9: cfr. la nota de la Biblia de Jerusalén), es decir en la ayuda recíproca, en el apoyo fraterno, sin imposiciones y prepotencias.

No en la falsa seguridad de una ciudad estable y compacta, sino en la peregrinación nace una nueva humanidad. La Biblia dice que cuando Terach, el padre de Abraham, salió con su familia de Ur de los Caldeos, la meta era ya conocida: el país de Canaan (Cfr. Gn 11, 31). En otras palabras, no es importante la meta a la que se va; importante es el camino, porque este comportamiento nos pone en la justa relación con Dios y con los demás, coloca en forma justa nuestro ser en el mundo.

Dios ama al mundo

Sobre la base de lo que se ha dicho hasta ahora, se obtienen sólo algunas pistas de reflexión de la Regla de Vida.

Como siempre, hagamos atención al paso evangélico que abre el capítulo VII dedicado a la “vida en el mundo”: Jn 3, 16-17. También Dios cumplió su éxodo, dándonos a su Hijo y con él todo si mismo (cfr. Rm 8, 31-32). Si Dios ha dado todo, ahora nos toca a nosotros dar, amando al mundo como él lo ama.

El artículo 46 recuerda que la secularidad es auténtica si proviene de la conciencia de ser criaturas nuevas en la fuerza del bautismo. La novedad es nuestra inmersión en la muerte y resurrección de Cristo. Nos hemos vuelto una cosa con él. Y es esta unión con Él la que hace posible el operar “en forma directa y concreta en las realidades temporales en las que estamos insertados, para ordenarlas a Dios por medio de Cristo”.

El amor a Cristo ha llevado a los padres a elegir la vida monástica, caracterizada por la contemplación, la soledad, el silencio. Pero todo cristiano, que vive en el mundo, debe experimentar un “monaquismo interior”, es decir las exigencias de una vocación siguiendo a Jesús que pide el don de toda la vida.

El artículo 47 puede leerse nuevamente a la luz del “monaquismo interior”. Con el ejemplo del servicio de santa María, debemos actuar la paz, “sin el ansia de quien cree sólo en el hacer”. Ahora el monje es aquél que ha renunciado a una acción directa, sin confiarse en la eficacia de su hacer, sino creyendo en la acción de Dios que se libera a partir de una vida de fe pura. Un comportamiento fundamental también para quien vive inmerso en las actividades y en las profesiones de este mundo. Debemos practicar una disciplina de separación, para evitar que el valor de nuestra vida se identifique con lo que hacemos.

El artículo 51 nos llama a la necesidad de vivir en manera autónoma la relación con la familia. Podemos extender el discurso y considerar también la necesidad de crecer como personas capaces de tener una autonomía de juicio; de asumirse la responsabilidad de ciertas decisiones; de contribuir al camino de la comunidad con un comportamiento positivo de claridad, de colaboración y también de crítica, si es necesario; de liberarnos de los condicionamientos impuestos por el ambiente y por la mentalidad común.

El artículo 52, nos recuerda ir al encuentro del mundo libres de comportamientos de defensa y de prejuicios. En particular nuestro amor se hará cercano a los más pobres y a su difícil camino de liberación.

Hemos hablado del viaje hacia nosotros mismos, para recuperar nuestra identidad profunda y nuestra autonomía. Pero este viaje no termina aquí. El regreso a nosotros mismos es también el inicio de un “viaje al externo”. Este nuevo sendero está abierto a la compasión. Aquí entra en acción nuestro carisma de Siervos. Hemos hablado de autonomía, no de independencia. Para nosotros, siervos de la Virgen, la autonomía verdadera es la que se concretiza en la compasión y en el servicio.

4. EL ECO DE CRISTO

Palabra para la lectio: «Estamos en todas partes donde está el buen olor de Cristo» (2 Cor 2, 14-15)

Legenda X, 43: nuestra vida habla de Él

Regla de Vida RM: 11

El capítulo décimo de la Legenda de origen^[23] considera la unión simbólica entre el nombre del Monte Senario y la vocación de los Padres. “Monte” dice la subida hacia lo alto: una ascensión interior – como se decía la vez pasada – hacia el lugar que nos es propio, el Señor, plenitud de nuestros deseos; “Sonaio” (Senario) recuerda el eco que se libera a partir de una experiencia auténtica que se hace luz para el camino de los otros.

El párrafo 43, sobre el cual concentramos nuestra atención, nos indica, a través de la citación de varios textos bíblicos, un recorrido espiritual a lo largo del cual crecemos como personas capaces de comunicar el sentido profundo de la propia vida.

El suave sonido de una obediencia inmediata

Ya hemos tenido ocasión de verificar cómo la Legenda insiste mucho sobre este tema. Es justamente porque la obediencia, en el sentido bíblico de escucha, es el punto de inicio del proceso de un crecimiento. Dios llamó a los padres “al conocimiento y al amor de sí mismo” y ellos responden haciendo un “eco con el suave sonido de una obediencia inmediata”.

La primera citación bíblica se toma de 1 Sam 3, 10: “Habla, Señor, porque tu siervo te escucha”. Samuel era aún un muchacho: “no había conocido todavía al Señor, ni tampoco se le había revelado la palabra del Señor” (1 Sam 3, 7). Por lo que es difícil para él descifrar inmediatamente la llamada divina. Esto no es fácil ni siquiera para el sacerdote Elí, maduro en edad y también por su largo servicio en el santuario: la debilidad de su vista (cfr. 1 Sam 3, 2) no es sólo un límite de la edad avanzada, sino también es signo de una fragilidad estructural de la persona humana puesta ante la palabra de Dios.

La palabra del Señor es “rara” en aquellos días (cfr. 1 Sam 3, 1b). El adjetivo, traducido con “raro”, indica la preciosidad de algo (la Vulgata, de hecho, traduce “pretiosus”): preciosa es la piedra que adorna la corona que quitó David a Milcom (cfr. 2 Sam 12, 30) o las piedras que la reina de Saba lleva en regalo a Salomón (cfr. 1 Reyes 10, 2); preciosa es la luna que surge en el cielo (cfr. Job 31, 26); y sobre todo preciosos son los pensamientos de Dios porque son profundos e inescrutables (cfr. Sal 139, 17) y precioso es Israel amado por Dios: “Tú eres precioso a mis ojos [...] digno de estima y yo te amo” (Is 43, 4). A los ojos de Dios son preciosos como una cosa rara. Él me ama como si fuera el único a existir.

La rareza de la palabra se entiende como una llamada a su altísimo valor: ésta es el bien precioso que Dios nos comunica y va amado con aquel amor de predilección con el que Dios nos ama. Ésta es “rara”, porque raros son los que la acogen y la estiman como el bien más precioso. Raros al tiempo de Samuel y de Elí y raros también en nuestros días, porque la palabra es exigente, difícil y pide sobre todo el ser vivida.

Ésta es la razón por la cual Dios llama repetidamente (se trata de contar cuántas veces en el pasaje de 1 Sam 2, 1-10 regresa el verbo “llamar”). De hecho, nosotros estamos poco dispuestos a distinguir, en medio a los múltiples y contrastantes llamados de este mundo, la auténtica llamada divina. Por esto Dios llama continuamente en la esperanza que su llamada sea escuchada y la persona, hecha finalmente consciente de ser la destinataria de un amor tan grande, diga: “Habla, Señor, porque tu siervo te escucha”. La escucha, es decir la acogida total de una palabra que nos está dirigida, es la respuesta que Dios espera de nosotros, la única verdadera respuesta que la persona libre da a Dios.

Comprendemos ahora muy bien por qué la Escritura tenga en su centro la escucha: “Escucha, Israel” (Dt 6, 4). Sin la escucha, la Escritura permanece un libro cerrado. Y comprendemos también por qué toda la Escritura tenga como finalidad la escucha: “Leerás esta ley ante todo Israel, a los oídos de todos. Reunirás al pueblo, hombres, mujeres, niños y al forastero que estará en tu ciudad, para que escuchen,

aprendan a temer al Señor su Dios y se preocupen de poner en práctica todas las palabras de esta ley. Sus hijos, que todavía no la conocen, la escucharán y aprenderán a temer al Señor su Dios” (Dt 31, 11-13).

La que estamos acostumbrados a llamar Escritura es nombrada preferiblemente por el Antiguo Testamento como “lectura”.^[24] Este término pone en primer plano no tanto la interpretación de un texto escrito cuanto la transmisión de una palabra que se dirige a personas en escucha. La lectura implica una actividad, una participación, una iniciativa, el encuentro entre quien lee y quien escucha. El pasaje del Dt 31, que hemos citado, se refiere a la lectura pública durante una fiesta solemne (la de las tiendas de campaña o de las semanas: cfr. nota Dt 31, 9-13 de la Biblia de Jerusalén). Moisés ha dirigido tres discursos al pueblo, que lo ha escuchado. Después estos discursos se escriben (Dt 31, 9), pero para ser leídos y escuchados nuevamente. La Escritura es por lo tanto, un momento provisorio destinado a desaparecer. Lo que queda por siempre es la palabra dicha por Dios por medio de sus profetas y escuchada por el pueblo, es decir transformada en experiencia de vida.

Samuel, el siervo que ha escuchado la palabra de su Señor, el primer auténtico profeta de la historia de Israel según la Biblia (cfr. Hch 3, 24: “Todos los profetas, comenzando con Samuel...”), puede declarar esta gran verdad: “¿Es que el Señor agradece los holocaustos y los sacrificios como el hecho de escuchar su palabra? Escuchar es mejor que el sacrificio” (1 Sam 15, 22). Dios no quiere el homenaje de un rito perfecto, pero sin alma. Quiere una persona viva capaz de escuchar y de responder.

La Legenda adapta la citación de 1 Sam 3, 10 a la condición comunitaria de los padres: Habla Señor, que tus siervos te escuchamos. Verdaderamente ni Samuel está solo para escuchar; necesita de Elí para entender, y ambos se iluminan el uno al otro. Escuchan juntos. Es importante encontrarse juntos a leer la Escritura. No existe comentario, ya sea estilizado por el exegeta más informado e inteligente, que pueda superar el de una comunidad que logra elaborar alrededor de un pasaje leído y profundizado juntos. Ciertamente se deben observar algunas condiciones fundamentales: cada uno se preparará al encuentro común con una escucha personal, cotidiana y perseverante; vivirá el momento del intercambio y de la profundización en la respetuosa acogida de todas las voces y en la disponibilidad de cambiarse a sí mismo, no tanto a los demás.

“Cuando el Espíritu – continúa el n. 43 de la Legenda – los llenaba de su aliento (es decir de la fuerza divina que llena a la persona en escucha), se fundía el tierno amor en un dulce eco de esta aclamación: *No me alejes de tu presencia y no me prives de tu Santo Espíritu* (Sal 51, 13)”. El salmo 51 pone en relación el corazón puro (“crea en mí, o Dios, un corazón puro” v. 12) y el Espíritu de Dios: “no me prives de tu santo espíritu”, es decir de ti, de tu presencia que da vida. El corazón es puro porque vive en la presencia de Dios. La escucha está ligada a la oración: el don de Dios debe ser implorado humildemente y conjuntamente acogido en un comportamiento penitente de conversión y purificación.

La cítara de David

Después del eco de la escucha y de la oración resuena otra voz, la del movimiento de la mano que produce “obras santas”. La imagen es un poco extraña, pero parece aludir a las manos de David que, tocando las cuerdas de la cítara, hace que salga una melodía que tranquiliza. Nos encontramos nuevamente en el primer libro de Samuel, cap. 16, vv. 14-23. El rey Saúl, después de haber tomado decisiones que lo han alejado de Dios, está dominado por un “mal espíritu de Dios”. Oscuros terrores turban su alma. Sus ministros le sugieren buscar un hombre hábil que sepa tocar la cítara. La música será para él un

bálsamo. El rey acepta la idea y pide a los ministros que inicien la búsqueda. “Respondió uno de los jóvenes: ‘Yo he visto al hijo de Jesé el Betlemita; él sabe tocar y es fuerte y valeroso, hábil con las armas, sabio de palabras, de buen aspecto y el Señor está con él’. Saúl mandó mensajeros a Jesé con esta invitación: ‘Mándame a David tu hijo, el que está con el rebaño’. [...] David llegó con Saúl y comenzó a estar en su presencia [...]. Cuando el espíritu sobrehumano cubría a Saúl, David tomaba en mano la cítara y tocaba: Saúl se calmaba y se sentía mejor y el espíritu maligno se retiraba”.

La citación, a pesar de que apenas la señalamos, este pasaje es interesante bajo varios aspectos. Antes que nada testimonia el empeño de una lectura no superficial de la Biblia o limitada a los pasajes más célebres. Ya hemos notado cómo la lectio divina de los padres se presenta en toda la Escritura. También para nosotros, consagrados a la escucha de la Palabra – esta dedicación a la Palabra anima y da sentido a una consagración vivida en el mundo – la Biblia debería convertirse en nuestra casa, donde nos movemos libremente y de la cual conocemos todos los rincones.

El recuerdo a la cítara de David, además, podría abrirnos una espiral para un discurso sobre el “camino de la belleza”. Nuestra vida debe nutrirse de todo lo que ayuda al espíritu humano a elevarse hacia los valores más altos: el estudio y la lectura de libros que nos abren horizontes más amplios, nos infunden la voluntad para cambiar, nos liberan de preocupaciones mezquinas; un conocimiento siempre más vasto de eventos y de personas, animados por la simpatía, la participación, el deseo de descubrir en cualquier parte los aspectos positivos que abren hacia la esperanza; el amor hacia toda expresión artística que descubre la belleza y la armonía de este mundo y nos dice que es posible recrear esta armonía en nuestra vida y en las relaciones con los demás. Un escrito inédito del director de orquesta estadounidense. Lorin Maazel^[25], nos comunica, partiendo de la música, un gran mensaje contra el fanatismo y la guerra: “Para algunos, tocar y escuchar música es un bálsamo y una renovación. Durante la segunda guerra mundial, mientras sobre Londres llovían los V1 y V2, la amadísima pianista Clara Haskil improvisaba ejecuciones, con frecuencia en estructuras medio bombardeadas, para aquellos que encontraban en su Mozart un oasis de razones en un mundo de locura. Ella y la música que tocaba eran para muchos la fuente de inspiración en la batalla de la vida. [...] No digo que escuchar la música o tocar un instrumento garantice el desarrollo de valores constructivos, no antisociales en la psique humana. Ni que el estudio científico de las maravillas de la vida impida a los médicos y a los investigadores de cometer crímenes odiosos contra la humanidad [...] Lo que digo es que: se ponga a un niño durante sus primeros 5 años de vida en un ambiente en el cual se satisfagan sus exigencias de expresión artística, donde todo lo que lo circunda sea estéticamente gratificante, donde se escuche música, se vean imágenes tranquilas, sin televisión a parte algún vídeo de naturaleza didáctica y sin inculcarle fantasmas religiosos o políticos, y existe una razonable probabilidad de que aquel niño se vuelva un adulto reflexivo, equilibrado, que dé una contribución positiva y duradera a la sociedad. [...] La fuerza del Arte está en la contribución complexiva que puede dar a la liberación de la mente humana de las historias de fanatismo. Cuando se escucha una interpretación extraordinaria de la *Missa solemnis* de Beethoven, el pensamiento se abre a espacios de los horizontes infinitos. No hay lugar para el odio. La mente libre y curiosa del artista creativo no puede acoger la rigidez del fanatismo”.

Saúl dominado por un “mal espíritu de Dios”, es la imagen de una humanidad perdida, alienada, en depresión, triste. Sólo la belleza de una dulce melodía puede curarla: la belleza de una vida que reflexiona la Belleza suprema, Dios. A aquella humanidad que

ha perdido el sentido y el gusto de la vida, debemos llevarle la alegría secreta que hace bella nuestra vida.

El perfume de Cristo

Al sonido melodioso la Legenda une el perfume. Sonido y perfume son los símbolos de una vida que libera de sí misma una fuerza nueva, que sobresalta esta palabra divina: “Estamos en todas partes se encuentre el buen olor de Cristo” (cfr. 2 Cor 2, 14-15).

2 Cor 2, 14-15 sería, según muchos exegetas, el inicio de una carta insertada junto a otras cartas independientes, en la redacción final de 2 Cor. Por lo que tendríamos, “una obra compuesta que, en el intento de mandar un material paulino abundante y precioso, habría unido en una única carta lo que originalmente pertenecía a tres escritos distintos”^[26].

2 Cor 2, 14 podría ser el inicio litúrgico de una carta que se desarrolla hasta el capítulo 7, 4 (pero para otros la carta comenzaría ya en el cap. 1, 8) y tiene como tema principal el del apostolado: un ministerio grandísimo, dirigido a “hacer resplandecer el conocimiento de la gloria divina que resplandece sobre el rostro de Cristo” (2 Cor 4, 6). Es un “tesoro” dado por Dios, que llevamos en vasos de creta, “para que parezca que este poder extraordinario es de Dios y no de nosotros. De hecho, estamos amenazados por todas partes, pero no destruidos; estamos espantados, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; golpeados, pero no muertos, llevando siempre y a todas partes en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que hasta la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Cor 4, 7-10).

Grande y preciosa es la llamada, pequeña y pobre es la vida de aquél a quien se dirige la llamada divina. Por esto Pablo inicia diciendo: “Se den gracias a Dios, el cual nos hace participar a su triunfo en Cristo y difunde por medio de nosotros el perfume de su conocimiento en el mundo entero” (2 Cor 2, 14).

La imagen se toma de la celebración del triunfo de un general victorioso, ante el cual, como se hacía entonces, se expanden perfumes. Una imagen triunfal que nos dice poco, pero, ligada a la victoria de Jesús, nos abre la esperanza. Nosotros estamos con frecuencia derrotados y frustrados, pero Jesús ha triunfado (cfr. Jn 16, 33; 1 Jn 5,4). Nuestra pobre vida debe ser el anuncio de la pascua de Cristo.

“Nosotros estamos ante Dios el perfume de Cristo” (2 Cor 2, 15). Aquí se introduce la referencia al perfume del sacrificio. Nuestra vida, nuestro servicio y toda nuestra actividad es un don a Dios (cfr. Rm 1,9 y 15, 16: cfr. las notas de la Biblia de Jerusalén). Como Jesús ha dicho sí al Padre, también Pablo pronuncia su sí, sin tener nada para sí (cfr. 2 Cor 1, 19-21).

El perfume nos lleva también a la atmósfera del Cantar de los cantares (cfr. 1,312-13; 2, 13.17; 3, 6; 4, 10.14; 13; 8,14), donde éste simboliza la presencia del amado que lleva alegría y junto a la inquebrantabilidad de una realidad siempre buscada y jamás poseída por completo. De aquí la invitación final del párrafo 43 de la Legenda: “Casa de Israel, ven, caminemos en la luz del Señor” (Is 2,5).

Is 2, 2-5 es repetidamente citado por la Legenda en relación a Monte Senario: el monte preparado por Dios (Is 2, 2: LO 41), el monte de las ascensiones (2, 3: LO 41), el monte donde confluyen las multitudes (Is 2, 2-3: LO 45), el monte que indica los caminos del Señor (Is 2, 3: LO 45). A semejanza del monte Sión, que se eleva en medio a los pueblos como faro de luz, Monte Senario, desde donde se expanden el eco y el perfume de la vida común de los siete, resuena la invitación a caminar en la luz del Señor. La luz es la palabra misma del Señor (cfr. Sal 119, 105; Prov 6, 23; Sab 7, 10. 26): la palabra escuchada es también la palabra vivida que ilumina nuestros pasos en el incierto camino nuestro y de los demás. Quien camina en la luz se vuelve luz para los otros. “Yo, el Señor, [...] te he formado y establecido como [...] luz de las naciones, para que tu abras los ojos a los ciegos”

(Is 42, 6.7). “Yo te haré luz de las naciones, para que lleves mi salvación hasta las extremidades de la tierra” (Is 49, 6). “Tu luz surgirá como la aurora [...]. Si ofrecerás el pan al hambriento, si saciarás quien está en ayuno, entonces brillará entre las tinieblas tu luz, tu tiniebla será como el sol” (Is 58, 8.10).

Silenciosa portadora de Cristo

Se ha elegido el artículo 11 de la Regla de Vida como anillo de pasaje de la experiencia de los padres a nuestra experiencia. Esto es parte del capítulo II dedicado a la castidad consagrada que, en base a cuanto hemos tratado de hacer surgir a partir del párrafo 43 de la Legenda, queremos ver cómo pureza y transparencia de una vida que desea encarnar a Jesús.

El artículo 11 recuerda que cada hermana es “silenciosa portadora de Cristo”, operando en el corazón de los hombres el milagro del nacimiento de Jesús. En el silencio, sin palabras, sin nunca tal vez pronunciar el nombre de Cristo, nosotros llevamos el eco y el perfume ahí donde se desarrolla nuestra vida de trabajo y nuestras relaciones.

Nuestra vida comunicará a Cristo si vivirá la gran realidad expresada en la citación inicial del capítulo II: “Dios nos ha amado y nosotros hemos creído en su amor” (1 Jn 4 16). El amor es la única fuerza capaz de transformar el mundo, y amar quiere decir confiarse sin reservas a aquél quien nos sostiene en nuestra vida, quien la renueva, la llena.

Querremos, por lo tanto, ayudar a todos aquellos que están cerca de nosotros a cumplir este gesto de confianza total en la vida, aún en los momentos en los que es más difícil esperar. Nos será de apoyo en esta tarea la presencia importante de la Virgen María, “ejemplo de confianza en el Señor, [...] un signo de esperanza para todos los hombres inseguros” (cfr. Regla de Vida, 7).

Jesús es comunicado a los demás a través de la vida pobre (cfr. Regla de Vida, 15), es decir, de una vida libre del egoísmo y lista para entender las necesidades de los demás. “Sé consciente que crecerás en la libertad evangélica en la medida que sabrás despojarte de ti misma para revestirte de Cristo” (Regla de Vida, 58).

La fidelidad a los grandes y a los pequeños compromisos cotidianos es todavía una luz de Cristo que encendemos en la vida de todos. “Trata de vivir constantemente en la fe: oración y acción se volverán así expresión de la comunión con Cristo que, presente y operante en ti, te mueve hacia el Padre y hacia los hermanos” (Regla de Vida, 61).

Al interno de la Familia del Regnum Mariae, quien está llamado a desenvolver una tarea de guía y de discernimiento, no podrá realizarlo eficazmente sin una transfiguración personal en Cristo. “Las responsabilidades sienten la exigencia de la configuración en Cristo. Estén cerca de las hermanas en actitud de respeto, de escucha y de diálogo; la ayuden con sencillez e inteligencia, con caridad y decisión a descubrir y a cumplir la voluntad de Dios” (Regla de Vida, 66).

En fin, vivir en la situación de ser escondidas por Cristo es uno de los signos más importantes de vocación a una vida consagrada en el mundo. “Quien desea consagrarse a Dios en el mundo según el espíritu del ‘Regnum Mariae’ debe advertir:

- a. la llamada personal de Dios Padre, la disposición a la intimidad con Cristo y la voluntad de una oblación total en el Espíritu;

b. la invitación a una presencia escondida en el mundo, en la estima profunda de los auténticos valores humanos que se encuentran, y la capacidad de un testimonio solitario” (art. 68).

Se debe considerar también el epílogo de la Regla, es decir Ef 3, 14-21, en particular estos versículos: “Cristo viva por la fe en nuestros corazones; estén bien enraizados y fundamentados en el amor, para que se vuelvan capaces, junto con todos los santos, de comprender cuál sea el ancho y el largo, la altura y la profundidad, y conocer también la caridad de Cristo que sobrepasa todo conocimiento, donde sean llenos de la plenitud de Dios”. Cristo vive ante todo en nuestros corazones, pero después sólo junto a todos los santos, es decir, a todos los hermanos, comprendemos hasta el fondo qué es la caridad de Cristo.

5. LA NUEVA CIUDAD

Palabra para la lectio: «El Reino de los cielos es como un mercader que va en busca de la perla preciosa» (Mt 13, 45)

Legenda: III, 17; VIII, 37: el arte de los Padres

Regla de Vida RM: 54

Leyendo Mt 13, 45 con los ojos del autor de la Legenda, encontramos una interpretación original de la palabra de la perla de gran valor. Como siempre, el versículo propuesto para nuestro estudio debe ser considerado al interno de todo el capítulo 13 de Mateo. Es útil, por lo tanto, tener presente el significado de las palabras en la predicación de Jesús y en la vida de la Iglesia.^[27]

Llamada a la decisión

Cuando Jesús cuenta una parábola, tiene ante sí un auditorio bien preciso. Por ejemplo, la parábola del hijo pródigo (continuamos llamándola con su título tradicional) estaba destinada a los fariseos que no estaban de acuerdo con el comportamiento misericordioso de Jesús hacia los pecadores. La iglesia primitiva ha aplicado después la parábola a sus situaciones particulares, provocando un desplazamiento de acento con respecto al relato original, pero también poniendo en luz otros significados. La lectura que hace la iglesia es la llamada “alegórica”. La alegoría es un tipo de lenguaje presente ya en la Biblia y lo encontramos ampliamente usado en el Antiguo Testamento y en los evangelios. La alegoría descubre detrás la lectura en una realidad. En la alegoría nupcial de Ez 16 el profeta quiere hacer entender a los lectores que en la historia de amor, de traición y de perdón se refiere a dos esposos cualquiera, sino que es la historia de las relaciones entre el Señor y su pueblo. La alegoría es un medio importante para entender que en los eventos humanos se realiza una historia de salvación. Grande espacio a la alegoría se da a las visiones simbólicas que los profetas y de la apocalíptica a la misma tradición evangélica. La parábola del sembrador recibe una detallada explicación (Mt 13, 18-23 par), en la cual cada uno de los terrenos representa un cierto tipo de cristiano. El mismo Jesús, aún dice Mateo (13, 36), da a los discípulos, que la piden, una explicación de la palabra de la cizaña. Y Marco precisa: “Sin parábolas no les hablaba; pero en privado a sus discípulos, les explicaba todo” (4, 34).

Los estudios modernos han tratado de distinguir entre la parábola original y los desarrollos alegóricos posteriores. El primero a realizar tal tentativo fue Adolf Jülicher (1857-1938). Originalmente Jesús contaba una parábola para hacer bajar su mensaje en una situación concreta y particular. No se propone comunicar verdades “universales”, sino la verdad que puede ayudar a su auditorio a tomar conciencia de los cambios que tiene que

realizar en la forma de pensar y de vivir. Después la comunidad ha recibido una enseñanza que vale para todo tipo de persona y en todo tiempo. El lado débil de la teoría de Jülicher es el haber limitado el mensaje de Jesús a su dimensión ético-religiosa: En realidad Jesús no es solamente un maestro, que en forma simple y genial, imparte una enseñanza rica de sabiduría y de humanidad. Otros estudiosos (Dodd, Jeremías) han justamente puesto a la luz el carácter escatológico de la predicación de Jesús, es decir: la parábolas no transmiten solamente una sabiduría humana, sino quieren hacer entender que en Jesús el reino de Dios se ha manifestado y que nosotros hemos ya entrado en la fase última de la historia. Es urgente tomar una decisión y responder a la llamada divina.

Una característica importante de la parábola es la de ser un relato utilizado al interno de un proceso de diálogo, es decir en relación entre quien habla y quien escucha. La parábola no es una demostración racional que impone la verdad de Jesús y de su mensaje. Introduce un diálogo que lleva gradualmente al que escucha a descubrir nuevos significados en sí mismo y en su vida. Con el relato de las parábolas Jesús trata de aplanar el camino al evangelio, de eliminar rigidez y clausuras, de remover prejuicios, de superar perplejidades. La parábola ayuda a descubrir la identidad de Jesús y a asumir la decisión de seguirlo a lo largo del camino. De aquí la actualidad perenne de los relatos de las parábolas: aunque si Jesús las dirigió a determinadas categorías de personas y en contextos particulares, ellas interpelan también a nosotros y continúan suscitando interrogativos y esperan una respuesta valerosa.

La perla de gran valor

El mensaje de la parábola del mercader de perlas preciosas – como la del tesoro escondido (Mt 13, 44) – considera el valor incomparable del reino de Dios, respecto al cual todo bien pierde su absoluto. Se vende todo lo que se posee con tal de no perder esta ocasión preciosa. El encontrar el tesoro y la perla se presenta en el evangelio como una circunstancia excepcional, el golpe de fortuna que se tiene una sola vez en la vida. Esta excepcionalidad quiere subrayar la urgencia de una decisión tempestiva. “Aprovechen todas las ocasiones” dice san Pablo (Col 4, 5). Y aún: “He aquí el momento favorable, el día de la salvación” (2Cor 6, 2). Esta ocasión o momento favorable es el hoy en que vivimos, tiempo lleno de la presencia de Cristo. “Hoy se cumple esta escritura que vosotros habéis escuchado con vuestros oídos” (Lc 4, 21), afirma Jesús al inicio de su ministerio terreno, que se concluye con una seguridad análoga: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta la fin del mundo” (Mt 28, 20).

Descubrir el sentido profundo y último del tiempo en el que vivimos requiere un a fe siempre atenta: “Vigilad atentamente sobre vuestra conducta, comportaos no de necios, sino como sabios, aprovechando (literalmente= rescatando) del tiempo presente” (Ef 5, 15-16). Sólo una fe que busca siempre, que se interroga, puede descubrir el tesoro escondido y la perla preciosa. “Buscad y encontraréis... quien busca encuentra” (Mt 7, 7.8). También Jesús nos busca continuamente a nosotros, mostrando que este es el movimiento mismo de Dios, cuya alegría es encontrarnos nuevamente por los caminos lejanos donde nosotros nos hemos perdido. “Si un hombre tiene 100 ovejas y pierde una, ¿no deja las otras 99 en los montes para ir en busca de la perdida? Si logra encontrarla, en verdad os digo, se alegrará más por esta que por las otras 99 que no había perdido” (Mt 18, 12-13). Esta búsqueda incesante de Dios – porque él no deja de seguimos hasta que no nos encuentra (cfr. Lc 15, 4) – es nuestra salvación: “El Hijo del hombre vino a tratar de salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10). Aún antes que el hombre pueda pensar en buscar a Dios, Dios se ha ya puesto a la búsqueda y no esta búsqueda tiene éxito (cfr. Ez 22, 30). Dios busca al hombre, huérfano y abandonado en una tierra desierta, porque Dios lo ama como a la pupila de su ojo (cfr. Dt 32, 10) y como al bien más precioso (cfr. Is 43, 4) y ha dado todo de sí para conquistarlo (cfr. Rm 8, 32). Toda la Escritura narra este movimiento de Dios

que sale fuera de sí para buscar al hombre y llevarlo de nuevo sobre el camino justo. Si Él no lo buscara, el hombre estaría perdido. Es aquí porque el salmo 119 se cierra con esta invocación: “Como oveja perdida voy errando; busca a tu siervo” (v. 176).

Dio se comporta como el mercader que busca perlas preciosas. La perla más grande en valor somos nosotros, por los cuales ha donado su vida. La parábola nos invita a entrar en esta misma dinámica de amor. Si buscamos a nosotros mismos, nos perderemos; si nos perdemos por amor de Cristo, encontraremos la verdadera vía (cfr. Mt 10, 39 paral.).

Un nuevo trabajo

La imagen del mercader de perlas es apta para explicar la experiencia de los Siete, mercaderes también ellos, cuya vida fue transformada por el descubrimiento de una perla particularmente preciosa. La correlación con Mt 13, 45-46 es en el capítulo tercero la de la LO – aparentemente en la sección arcaica también si profundamente melancólica por las intervenciones posteriores de redacción – donde se ilustra ante todo el valor simbólico del número siete (LO 15), relacionado a la constelación de las siete Pléyades y a los siete dones del Espíritu Santo. La imagen de las siete Pléyades – retomada al número 22 – nos lleva a la estación primaveral^[28], tiempo de renacimiento y de renovación. También los siete padres contribuyeron con su vida para hacer florecer una “primavera espiritual” en la iglesia y en el mundo, como poco antes habían hecho Santo Domingo y San Francisco, los dos astros mediante los cuales Cristo “había comenzado nuevamente a iluminar la tierra y a calentarla con rayos de luz más intensa”.

Escogiendo, además, siete hombres para dar inicio a su Orden, “Nuestra Señora manifestaba claramente cuál era su voluntad: hacer bello su Orden con una efusión particularmente abundante de los siete dones del Espíritu Santo – Así a los ojos de todos ella mostraba que siempre, desde entonces, La Orden tenía que conservarse por medio de hombres provistos de los dones del Espíritu de Dios, y a todos les hacía ver, con una evidencia absoluta, que gracias a los dones del Espíritu la Orden siempre le habría agradado hasta la séptima edad” (LO 15)^[29].

Del capítulo tercero, caracterizado por un argumento de tipo filosófico – se encuentran varias referencias a la Ética nicomaquea de Aristóteles – el párrafo 17 es sin duda uno de los más interesantes por los puntos que ofrece en relación a un compromiso en el mundo. Hablando de varios estados de vida en los cuales los Siete se encontraban antes de formar una comunidad estable, la Legenda recuerda su vida mercantil envuelta del bienestar material de la ciudad. Pero más tarde, ellos “encontraron la perla preciosa, o mejor dicho, Nuestra Señora les hizo entender que habría sido la unidad de sus personas a crear y reproducir nuevamente en el mundo esta perla, con la guía del Espíritu Santo. Para conseguir esta perla, es decir la Orden, o mas bien para obtener de Nuestra Señora que por medio de ellos esta perla fuera creada, introducida nuevamente en el mundo y donada a cuantos deseaban servir dignamente y fielmente a Nuestra Señora, no sólo distribuyeron a los pobres cuanto poseían, vendiendo todo según los consejos evangélicos, sino que se ofrecieron con alegre determinación un servicio fiel a Dios y a nuestra Señora”.^[30]

La perla de la cual habla el evangelio, es por lo tanto para la Legenda, La Orden de los Siervos, visto como actualización del reino de Dios sembrado en la historia y en el corazón de la humanidad. La perla es creada y reproducida nuevamente en el mundo por la unidad misma de los padres, la *corporalis et animae unio* sobre la cual la Legenda repetidamente insiste para caracterizar la vida de los primeros padres.

El descubrimiento de la preciosidad inmensurable del vivir juntos transforma en profundidad el trabajo de los padres – el *ars*, arte dice la Legenda. Como la llamada de Jesús ha cambiado el trabajo de los primeros discípulos, pescadores sobre el lago de Galilea: “Seguidme, os haré pescadores de hombres” (Mt 4, 19), así el Arte de los padres

ya no es simplemente el arte mercantil. Ya en el proemio la LO afirma que el trabajo es uno de los deberes más importantes dejados a los padres: “Damos alabanza a aquellos hombres gloriosos que con la santidad de las palabras y de los ejemplos nos han generado en la Orden. Ellos son, después de Dios, nuestros padres, aquellos que cuidaron nuestras vidas, dándonos el alimento espiritual necesario para nuestro crecimiento y ofreciéndonos *conocimiento, arte y ciencia*”^[31]. El arte es la profesión de mercaderes que los padres, antes de emprender la vida de penitencia, ejercitaban en vista del bienestar material de ellos y de la ciudad. Después, con la intuición nueva dada a ellos por el Espíritu, se ponen al servicio de un bien superior. “Mientras antes traficaban bienes terrenos, ahora, convertidos en un cuerpo solo en la unidad radical de sus personas, practican una nueva profesión (*negotiatio et ars*), la de unir las almas a Dios y a Nuestra Señora, conservarlas en tal unión y conducir las a un servicio siempre más fiel. Se volvieron mercaderes de bienes celestes, envueltos como lo eran del amor a todas las almas necesitadas de salvación”^[32]. En el párrafo 17 precisa que este arte es el nuevo tipo de trabajo desarrollado por los padres después del descubrimiento de la perla, o mejor dicho después del descubrimiento que sólo la vía de la unidad introduce en el mundo esta perla preciosa.

El párrafo 17 se cierra recordando que este tipo de arte o profesión ha sido llevado a “nobilísima perfección por el beato Felipe, que lo dejó como herencia a los frailes deseosos de servir fielmente a Dios y a Nuestra Señora”. El trabajo no es ya simplemente una actividad material; incluye el progreso espiritual de la gente. El arte de los padres no se acaba en la construcción material de la ciudad, sino tiene la ambición de crear una nueva humanidad. Es un compromiso cultural de primera importancia en los tiempos en los que nos encontramos ante la elección vital por el crecimiento de una nueva conciencia.

Los padres suben a Monte Senario y operan la separación del vivir de la gente no para desajenarse de los problemas en los cuales el mundo lucha. Se trata más bien de un poner la vida sobre la base justa. Por esto la Legenda hace una precisión interesante cuando recuerda los cortes realizados por los padres, sobre el ejemplo de Abraham que deja su país, sus enlaces de parientes y la casa paterna; estas separaciones o cortes tienen un solo objetivo: *ad populum edificandum* (n. 40), la edificación del pueblo^[33]. El paso de la escritura, del cual parece escuchar el eco es Rm 15, 2: la edificación de la comunidad, donde coexisten personas diversas, con ritmos de camino y de crecimiento diversos, es posible sólo si se renuncia a placer a sí mismo y si se pone uno al servicio de los demás, llevando la enfermedad de los más débiles.

La Legenda había ya referido a este trabajo de edificación de la comunidad, tratando de la caridad de los siete hacia el prójimo, de los cuales “buscaban ante todo conocer la necesidad. Participaban al dolor de los otros con amor, según las propias posibilidades, ayudaban a los pobres en todas sus necesidades, espirituales y materiales. Todos se consideraban hermanos” (LO 37; para el verbo edificar, cfr. también el n. 38).

Estilo de trabajo

Sobre este tema de la perla y del paso de un mercado material a una actividad espiritual la Legenda puede resentir el influjo de escritos franciscanos^[34].

Tomás de Celano, en su *Vita prima*, escribe “[...] Francisco se comprometía a conformar su voluntad a la divina. Se aparta un poco del tumulto del mundo y del mercado y trata de custodiar a Jesucristo en la intimidad del corazón. Como un mercader afortunado, pone la mirada en lo maravilloso de la perla encontrada, y secretamente se apresura a comprarla con la venta de todo lo demás”^[35]. Más explícitamente san Buenaventura: “Después de una instrucción somaria fue destinado a la lujosa actividad del comercio. Asistido y protegido por lo alto [...] para que no viviera entre avaros mercaderes y fuera atento a las ganancias, no colocó su esperanza en el dinero ni en los tesoros”^[36]. Y más adelante: “Alejándose del ruido del tráfico y de la gente, suplicaba devotamente la

clemencia divina para que [...] el amor de la patria celeste le hiciera despreciar como nada todas las cosas terrenas. Creía haber descubierto un tesoro escondido y, mercader sabio, se ingeniaba para comprar la perla preciosa, que había encontrado, a precio de todos sus bienes. No sabía todavía, ni en que modo realizarlo: una sugerencia interior le hacía entender solamente que el comercio espiritual debe iniciar por el desprecio del mundo y que la milicia de Cristo debe iniciar por la victoria de sí mismos”.^[37]

A pesar de aceptar una hipótesis a la dependencia de estos textos, se reconoce la originalidad con la cual la Legenda le ha elaborado. El cambio de tipo de trabajo no es sólo índice de una conversión personal, un “desprecio del mundo”, una “victoria sobre sí mismos”. El sentido del trabajo se profundiza a la luz de lo que es el bien de la ciudad (*Civitatis utilitas*): no sólo el desarrollo material, sino también el crecimiento espiritual. Y los padres trabajan para esto a través del testimonio de su unidad. Es la vocación de los Siervos a emerger con fuerza y a encontrar en la parábola del mercader de perlas la indicación de una posible vía para la construcción de una ciudad nueva. Si éste ha sido el trabajo de los padres, también para los siervos el servicio a la formación y al crecimiento de la sociedad es fundamental. Y ellos desempeñan este servicio en el estilo de los padres, haciendo unidad, creando comunión, ayudando con su vida a descubrir esta perla preciosa.

Trabajo como misión

La vida de consagración en el mundo tiene su fuente de inspiración en el mismo amor de Dios, el cual “tanto amó al mundo que dio a su hijo unigénito.. para que el mundo se salvara por medio de Él” (Jn 3, 16-17). Es este el paso del evangelio puesto como título del capítulo séptimo de la Regla de Vida. Podemos releer este capítulo central en continuidad con cuanto se ha dicho hasta ahora a propósito del *ars* de los padres para la edificación del mundo.

Nuestro trabajo debe ser ante todo un signo de la novedad de quien ha nacido a la vida de Cristo a través del bautismo (art. 46); esto es por lo tanto, irradiación del amor de Cristo que elimina “comportamientos de defensa y... prejuicios” y está cerca a los más pobres “en el camino difícil de la liberación” (art. 52). Se desarrolla en la paz y en el desprendimiento, porque no es el hacer en sí lo que salva al mundo, sino la fe y el amor con el cual llevamos adelante nuestras actividades (art.47).

Todo trabajo tiene una dignidad inmensa, que deriva no de la importancia que el mundo le atribuye, sino del hecho que se vive como una liturgia, es decir, como servicio a los hermanos y como alabanza a Dios, fuente de todo don y de toda actividad (art. 48).

Como el de los padres, el servicio en el mundo debe ser “expresión de la fraternidad universal ... y de la comunión operada por la reconciliación de Cristo” (art. 54). La fraternidad – la perla de gran valor que hace preciosa toda actividad – transforma nuestro trabajo como medio de comunión y de solidaridad. Ninguno de nosotros trabaja para sí mismo o está preocupado sólo por la eficiencia y el rendimiento, por la ganancia y por la carrera. El trabajo para nosotros es una misión dedicada a hacer siempre más humano y fraterno este mundo. Vivir el trabajo en esta forma quiere decir ofrecer una gran contribución al crecimiento de una sociedad en la cual con frecuencia el valor de la persona humana está ofuscado.

6. COMUNIÓN Y CONDIVISIÓN

Palabra para la Lectio: «Bienaventurados los que lloran» (Mt 5, 4)

Legenda XII, 47: La fatiga del amor

Regla de Vida RM: 17

Partamos de la palabra para la lectio: “Bienaventurados los que lloran”. ¿Quiénes son los que lloran y porqué lloran? Recojamos un poco de material bíblico, sobre la base del término que usa Mateo: “*penthein*”.

Los motivos del llanto

En el Antiguo Testamento el verbo y el sustantivo correspondientes (*penthos*) se refieren sobre todo al luto por la muerte de un pariente. Abrahán llora y se lamenta por Sara (Cfr. Gen 23,2). Jacob, después de haber reconocido la túnica de José manchada de sangre, se rasga las vestiduras, se pone un cilicio a los flancos y llora a su hijo por muchos días sin que nadie logre consolarlo (Cfr. Gen 37,33-35). David guarda luto por Absalóm, y este llanto sobre el hijo que lo había traicionado, transforma la jornada de victoria en una jornada de luto (Cfr. 2 Sam 19,1-5). Confrontar también: Gen 27,41; 35,8; 50,3-4.10-11; 2 Sam 14,2; 1 Cro 7,22; 2 Cro 35,24.

Un llanto amargo y derramado sobre la persona amada, que ha desilusionado la confianza y el afecto. “Samuel lloraba por Saúl, porque el Señor se había arrepentido de haberlo hecho reinar a Israel” (1 Sam 15,35). “Absalóm había huido [para llevar a cabo sus planes de traición]... El rey hizo luto por su hijo por largo tiempo” (2 Sam 13,37).

Una ciudad desolada por la devastación de la guerra, recuerdo doloroso de pecados e injusticias cometidas, deja el ánimo abatido. Neemías, ante la noticia de que los sobrevivientes de la deportación se encontraban en una gran miseria y que los muros de Jerusalén seguían en ruinas y con las puertas aún quemadas, se sentó y lloró y guardó luto por muchos días, ayunando y orando a Dios. (Ne 1,3-4).

Por el pecado del hombre también la naturaleza ha sido destruida y está de luto y llanto. Así el profeta Joel lanza su lamento sobre la desolación de su pueblo: “¡Llora, como llora una joven vestida de luto por el esposo de su juventud! Ya no hay en el templo del Señor, ni libación ni ofrenda. Hacen duelo los sacerdotes...” (Jl 1,8-12). Cuando falta la comunión, también la naturaleza se hace estéril y no ofrece más los dones que Dios le dio para que fueran de todos. (Cfr. también: Am 1,2; 8, 8; 9, 5; Bar 4, 9).

Fuente de llanto es también la ignorancia de la sabiduría: “He extendido mis manos al cielo, echando de menos lo que ignoraba de ella” (Sir 51, 19; cfr. también v. 21). Larga y fatigosa es la búsqueda de la sabiduría. “Desde joven, antes de dedicarme a viajar, busque con decisión la sabiduría en la oración; delante del templo la pedí y hasta el último día la busque”. (51, 13-14). Una búsqueda que viene con llanto, porque hoy día experimentamos nuestra debilidad, hemos sido alejados de la vía recta, y nos envuelven las tinieblas del egoísmo y de la ignorancia.

Hay también un llanto que provoca la escucha misma de la Palabra. Aquí debemos releer la famosa página de Neemías 8, que describe una lectura solemne del «Libro de la Ley de Moisés» Delante de todo el pueblo reunido «como un solo hombre». Estamos en Jerusalén alrededor del 444a. C., en el séptimo mes del año, en la Puerta de las Aguas. Se levanta Esdras, en medio de 13 notables laicos y de 13 levitas: «Estos leían en el Libro de la Ley de Dios pasajes distintos y explicando el sentido, hacían comprender la lectura. Neemías que era el gobernante, Esdras, sacerdote y escriba y los Levitas que enseñaban al pueblo dijeron: “Este día esta consagrado al Señor nuestro Dios: No estén tristes ni lloren. Porque todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la Ley» (Ne 8, 8-9).

La gente llora porque ha descubierto la gran distancia existente entre la Palabra y su modo de vivir. Es un llanto no desesperado, sino uno que va lavando el corazón con arrepentimiento, que te abre al conocimiento de la “alegría del Señor”: «Vayan a casa y

coman alimentos exquisitos, beban licores dulces y manden su porción a los que no han preparado nada, pues este día ha sido consagrado al Señor. ¡No estén tristes que el Señor se alegra al verlos fuertes!» (Ne 8, 10). Se gusta la alegría del Señor aún en la tribulación, cuando se comienza a poner todos los bienes en común y a pensar en quien tiene necesidad.

Saber llorar con quien llora es una forma de llevar consuelo, es el testimonio de una comunión fraterna. Por ello «no abandones a los que lloran, y aflígete con los afligidos» (Sir 7, 34). «Lloren con los que lloran» (Rm 12, 15b). El profeta Jeremías, recibiendo de Dios la orden de no llorar con la gente (cfr. Jer 16, 5), se convierte en el símbolo viviente de una sociedad donde no existen ya ni el amor ni la justicia. (Cfr. Ez. 24, 17).

Serán Consolados

En el llanto de aquellos que Jesús proclama bienaventurados, podemos comprender todos estos motivos que hemos enlistado: El dolor por la pérdida de un ser querido; la amargura por la traición de la amistad; la conciencia de los propios pecados; el arrepentimiento humilde; y el intento de construir con otros pobres como yo, relaciones de verdadera comunión.

Son bienaventurados aquellos que lloran no por su situación de dolor, sino porque experimentan la cercanía del Dios que consuela. La más grande gracia que Dios puede conceder es la de acoger el sufrimiento como posibilidad de una vida más intensa, que va más allá de la experiencia inmediata, que se abre a la fe y al amor y descubre otros hermanos y hermanas con quien compartir su propia existencia.

En Lamentaciones se recorre la pregunta angustiosa: ¿Quién nos consolará? Jerusalén reducida a la condición de viuda y de esclava, «Llora sin cesar por la noche, y las lágrimas bañan sus mejillas. Ninguno de sus amantes puede consolarla. La han traicionado todos sus amigos, y ya son sus enemigos. [...] Increíble ha sido su caída, y nadie puede consolarla [...] por eso lloro y mis ojos se deshacen en llanto, porque no tengo quién me consuele [...] Sión extiende sus manos pero nadie puede consolarla [...]. En la calle la espada me deja sin hijos, en casa reina la muerte. La gente oye mis gemidos, pero nadie me consuela» (1, 2.9.16.17.20 y 21) pero la Escritura responde sin incertidumbre: Es Dios el consolador (Cfr. Isaías 51, 12). Aquí está la fuente de la alegría, también en la tribulación: «Griten, cielos de gozo; salta tierra de alegría; montañas, rompan en aclamaciones, que el Señor consuela a su pueblo y se apiada de sus pobres. Sión decía ¡me ha abandonado Dios, el Señor me ha olvidado!. ¿Acaso olvida una madre a su niño de pecho, y deja de querer al Hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré» (Isaías 49, 13-15).

Dios es el consolador de los pobres, el Dios misericordioso que está siempre del lado del que sufre. «Porque así dice el Altísimo, el que vive para siempre, cuyo nombre es santo: Habito en un lugar santo y sagrado, pero también estoy con el arrepentido y el humilde para animar el espíritu de los humildes, para animar el corazón de los arrepentidos; no quiero estar siempre recriminando ni estar constantemente enojado. Si lo hiciera, desfallecerían ante mí el espíritu y la vida que he creado. Su perversidad me irritó por un tiempo, lo castigué y enojado me aparté de él; pero él se reveló y siguió sus caprichos. Conozco su conducta pero lo voy a sanar, lo consolaré y le daré alivio a él y a quienes por él hacen duelo» (Isaías 57, 15-18).

Dios consuela a través de nosotros «Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice tu Dios, hablen al corazón de Jerusalén, grítenle que se ha cumplido su condena y que está

perdonada su culpa» (Is. 40, 1-2; Cfr. también 2Cor. 1,4). Esta invitación Dios la dirige al profeta y también a todos nosotros, es el anuncio de la Pascua, aquel que María Magdalena lleva a los discípulos «que guardaban luto y llanto» (Mc. 16, 10; Mt. 9, 15) y aquel proclamado por toda la comunidad con su vida de comunión: «Los apóstoles daban testimonio con mucha fuerza de la Resurrección de Jesús, el Señor, y todos gozaban de gran estima. ^[38] No había entre ellos necesitados, porque todos los que tenían bienes o casa los vendían, llevaban el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad» (Hch. 4, 33-34).

En el último libro de la Biblia, el Apocalipsis, pone delante a nuestros ojos la visión de la comunidad nueva, la ciudad Santa, la nueva Jerusalén que desciende del cielo como una esposa adornada para su esposo e iluminada por la luz de la tierra entera. Y dice: «está es la tienda de campaña que Dios ha instalado entre los hombres. Acampará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha desaparecido» (Ap. 21, 3-4).

La verdadera ciencia

La Legenda de Origen une la bienaventuranza de aquellos que lloran al don de la ciencia. El capítulo 12, que cierra la sesión arcaica de la LO – la primitiva versión (mitad del 200?), de la vida de los Padres en Monte Senario, después englobado en la más amplia redacción Tricentenaria – esboza el perfil espiritual de los 7 eremitas a la luz de Isaías 11 y de Mt 5. Tenemos aquí el influjo de una exégesis característica de San Agustín, que encontramos por primera vez en la obra “*De Sermone Domini in monte*” (Sermón del Señor en la montaña), escrita en el 394. A esta exégesis Agustín regresa muchas veces en su predicación y en sus obras doctrinales. A través de este original acercamiento entre Mt. 5 e Is. 11, el ha intentado marcar las etapas del camino de perfección cristiana, que tienen su inicio con el temor de Dios y la humildad y culminan en la sabiduría y en la paz.

En los padres, dice la LO, «brillaba el don de la ciencia: Lanzaban gemidos de dolor pensando en todo aquello de lo que habían hecho mal uso» (LO n. 47)^[39]. En el “*De sermone Domini in monte*”, Agustín escribe: La ciencia pertenece a aquellos que lloran, a aquellos que han descubierto en las Escrituras de qué males han sido prisioneros, males que estando en la ignorancia habían deseado como cosas buenas y útiles. De ellos se dice: “Bienaventurados aquellos que lloran”.^[40]

En el “*De Trinitate*”, escrito entre el 399 y el 419, San Agustín profundizará las relaciones entre ciencia y sabiduría a la luz de Job 28, 28^[41]: «La piedad es la sabiduría, abstenerse del mal es la ciencia». La sabiduría se refiere a la contemplación, la ciencia a la acción. «Abstenerse del mal es a lo que Job llama ciencia. Porque es en cuanto estamos en el tiempo, que estamos sujetos al mal y el que debemos evitar para alcanzar los bienes eternos. Por eso todo cuanto hagamos con prudencia, fuerza, templanza y justicia, pertenece a aquella ciencia o disciplina que guía nuestra acción, en el evitar el mal y en el desear el bien, y le pertenece también todo aquello que, como ejemplo a evitar o a imitar y como conocimiento necesario trate de situaciones adecuadas a iluminar nuestra vida, y que recogemos a través del conocimiento de la historia.»^[42]

La ciencia entonces, es inteligencia de la historia: inteligencia ardua porque siempre está expuesta al riesgo del error y del pecado. Inmersos en las realidades terrenas, de hecho, podemos terminar por creer que si se encuentra todo el sentido de la vida, es todo, porque somos nosotros los que dirigimos los hechos históricos, inflándonos de soberbia y de vanagloria. La ciencia verdadera, no infla (Cfr. 1 Cor. 8, 2), sino que nos acompaña

siempre a las lágrimas que purifican el corazón y la mente. La perenne tentación, que subyace a la persona humana y que la llevó fuera del paraíso – fuera de la comunión con Dios y las criaturas – Adán y Eva^[43], es la de usar las cosas como si fueran de su exclusiva propiedad. La Escritura llama “Avaricia” a este movimiento de pensamiento que nos une a las cosas no solo para gozarlas como si fueran un fin, sino también para gozarlas nosotros solos. Y es la avaricia la raíz de todos los males (1 Tim 6, 10).

Las lagrimas que los padres derraman en su vida pasada, cuando hicieron uso errado de las cosas, son el signo de la ciencia que han adquirido, aquella que “no hace al hombre vanidoso, sino que lo hace gemir su dolor”^[44]. Los padres lloran por el tiempo durante el que vivieron para sí, fuera de la comunión que da sentido a la vida. Ellos nos dejan en herencia la ciencia de las realidades temporales, no gozadas como un bien privado, sino siempre compartidas. Esta ciencia los padres la han extraído del Evangelio y de la Regla de San Agustín, misma que del Evangelio ha recogido la instancia suprema. Por eso el corazón de la regla es la norma que dice: “*Que ninguno haga nada para sí mismo, sino que todas vuestras obras se hagan en común*” (V, 2).

El tema del llanto, aún con matices diversos, lo tratan los párrafos 39 y 46: dos párrafos que el padre Davide Montagna consideraba “entre los más importantes de la literatura de doscientos”^[45]. En ambos, - de los cuales ya habíamos tenido ocasión de hablar en la compilación del segundo estudio teológico (“Obediencia de la fe”) – se describe la espera ardiente del Esposo, al cual los siete se abren “con la luminosidad de las lágrimas” (*cum lacrimarum claritate*). Aquí las lágrimas tienen una tonalidad ciertamente diferente del “*gemitus doloris*” del párrafo 47, que es el recuerdo de una experiencia negativa, de un pecado contra el amor: un recuerdo doloroso y amargo que solo el llanto de arrepentimiento puede purificar. En la luminosidad de las lágrimas, por el contrario, si hay la pena del Amado percibido como lejano, pero al mismo tiempo, hay una alegría que se saborea en el fondo del corazón. Es la certeza de la fe: El amado llega, toca a la puerta, y premia finalmente la espera perseverante del amante.

A disposición de todos

Retomemos ahora el capítulo III de la Regla de Vida sobre la pobreza (el tema continuará en el próximo estudio), para tratar de encontrar algunos elementos en línea con cuanto hemos dicho hasta ahora.

Pobreza para nosotros quiere decir comunión. La pobreza no se mide por las cosas que se poseen o no; sino por la capacidad de poner en común, de compartir. Por esto ocupa un lugar central el artículo 17: “Siendo consciente de que los dones recibidos deben ser compartidos con los hermanos, ponte tú misma al servicio de tus hermanas y de todos. La pobreza interior te hará atenta y capaz de acoger, de escuchar y de dialogar”(art.17).

Ponte tu misma: no se trata de compartir simplemente las cosas, sino de hacer que esta condisión externa sea el sacramento de una unida más profunda, en la que la persona se dona totalmente a sí misma a Dios y a los demás. Sin esta despojarse de todo, no puede haber verdadera condisión.

De esta comunión-vaciamiento emanan algunos comportamientos espirituales traídos a la luz en el artículo 16: la gratitud, la alegría, la simplicidad, la alabanza.

La gratitud es por los dones que Dios nos dispensa. Todo lo recibimos de Él. Él nos ha llamado y continúa haciéndolo, no obstante nuestros errores, nuestras caídas y nuestras traiciones.

La alegría es la consecuencia de una comunión perfecta, por lo que siento que los dones de los otros son también míos. Esta alegría nos libera de envidias, celos, resentimientos, y reivindicaciones.

Más difícil, quizá, nos sea comprender que cosa intenta la Regla, cuando dice que debemos estar prontos “a asumir con simplicidad las varias situaciones de la vida”. Creo que podemos vislumbrar la invitación a adaptarnos siempre, justo por pobres, a las exigencias nuevas que la vida nos presenta, a coger con valor los momentos de dificultad, a no cerrarnos jamás en nuestros problemas, a mantener siempre aquella transparencia de la comunión que no se avergüenza de pedir ayuda cuando es necesario y de darla siempre con generosidad. Podemos retomar el párrafo 46 de la Legenda, donde se dice que la gente era atraída sobretodo por la simplicidad de los padres. Veía, de hecho que “ellos no cubrían el corazón de engaños, como lo hacen las personas hipócritas, ni envolvían el pensamiento en los velos de las palabras, es decir, no hacían pasar por falso lo que era verdad ni revestían lo falso con apariencia de verdad. Veían todo como personas auténticamente simples que nada hacen por ostentación, sino que manifestaban abiertamente su pensamiento con palabras, amaban las cosas con su verdad y evitaban la falsedad, ofrecían gratuitamente sus propios bienes, preferían padecer el mal antes que hacerlo, no buscaban vengarse por las ofensas recibidas, más bien, consideraban una ganancia el sufrir injurias (Cfr. Hch 5, 41) por la verdad”. Es la simplicidad del pobre, que no tiene nada de retener para sí.

La alabanza al Señor, en fin, surge de ese mismo sentimiento de pobreza que ha inspirado el Magnificat. No obstante nuestra miseria, Dios puede realizar en nosotros grandes cosas. Nuestra pobreza es sacramento de la gracia de Dios.

Tengamos presente también el artículo 20 que da tres indicaciones prácticas para una revisión del voto de pobreza. Son indicaciones importantes porque nos ayudan a vivir en la transparencia, sin la cual no podemos llamarnos auténticamente pobres y auténticamente hermanos y hermanas.

7. POBREZA

Palabra para la Lectio: «Aprendan de mí, que soy humilde y sencillo de corazón» (Mt 11, 29)

Legenda IV, 23: La comunión de los pobres

Regla de Vida RM: 52

La palabra evangélica que guía nuestra lectio, se encuentra citada en el capítulo IV, párrafo 23, de la Legenda de Origen, donde se trata de dar una respuesta a la cuestión de la ausencia de milagros en la vida de los Primeros Padres y aún tampoco después de su muerte.^[46]

El párrafo 22, subraya el altísimo grado de perfección y de santidad alcanzado por nuestros padres desde antes de vivir la vida comunitaria. Y es justo por esta santidad, tan preciosa a los ojos de Nuestra Señora, que ella quiere iniciar con ellos la Orden de sus Siervos. Regresa, nuevamente aplicada a los siete padres, la imagen de las siete estrellas pléyades, ya propuesta al párrafo 15^[47], pero ahora mejor especificada. Las pléyades pertenecen al signo del Toro en el cual el sol entra el 15 de abril, y surgen por ello en primavera. La estación de los Padres coincide con esta primavera que ha vivificado el mundo con el calor de la santidad de Francisco y de Domingo. Al momento del nacimiento de Felipe, en el 1233^[48], los Siete habían ya alcanzado un grado de perfección que los hacía capaces de poder ser guías de otros, con la luz de la palabra y el ejemplo de humildad. Signo de su maduración evangélica es precisamente el hecho de que Nuestra Señora ha querido dar inicio a la Orden por su medio.

Un olvido significativo

¿Cómo es entonces, no obstante esta gran perfección, que no tengamos noticias relativas a milagros realizados por los Padres? El autor de la Legenda aduce tres motivos.

Primero que nada la lejanía, en el tiempo, de los hechos acaecidos. Los “antiguos” de la Orden, es decir los frailes de la primera generación, fuera de fray Alejo^[49], habían muerto; por lo tanto, si hubo milagros, no hubo ya ninguno que pudiera narrarlos.

Además hay otra motivación más seria, tratada por el mismo Evangelio, según una indicación que nuestro autor leía en un discurso de San Agustín: «*carguen con mi yugo, y aprendan de mí*; no ha fabricar el mundo, no ha crear todas las cosas visibles e invisibles, no a hacer milagros en el mundo y resucitar muertos, sino “*que soy humilde y sencillo de corazón*”. ¿quieres ser alto? Comienza de lo más bajo. Si piensas construir el gran edificio de la santidad, prepara primero el cimiento de la humildad. Entre más grande es la mole del edificio que uno desea y proyecta levantar, entre más grande sea tanto más profundo se debe excavar para los cimientos. Mientras el edificio es construido, y se alza hacia el cielo, más, el que excava los cimientos desciende a la parte más baja. Por tanto, también una construcción antes de elevarse, debe profundizar, y la punta o corona no se pone sino después de la base»^[50].

Siguiendo los pasos de esta reflexión agustina, el autor de la Legenda afirma que «el hacer milagros, no es un signo inequívoco y privilegiado de perfección y de espíritu religioso. De otra manera, no podría decirse perfecto y verdaderamente religioso aquel por medio del cual Dios jamás obró milagros: lo cual es si duda alguna falso. Amar en vez a Dios sobre todas las cosas, practicar la caridad hacia los demás, ser humilde de corazón, son los atributos de los verdaderos y perfectos religiosos. Nuestro Señor no dijo: “aprendan de mí a resucitar muertos o a dar la vista a los ciegos”, sino: “aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón”(Mt 11,29); y además: “Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo, que se amen los unos a los otros, como yo los he amado” (Jn 13, 15.34)»^[51].

El camino de la salvación

El capítulo 11 de Mateo se abre con la pregunta de Juan Bautista: “¿Eres tú quien tenía que venir, o debemos esperar a otro? (11,3). La respuesta de Jesús delinea claramente la identidad de un Mesías cuya venida superó toda expectativa: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. ¡Y dichoso aquel que no se sienta defraudado por mí!” (11,5-6).

Jesús es el Mesías pobre y humilde, según la profecía de Zacarías 9,9 citada en Mt 21,5: “Digan a la hija de Sión: Mira, tu rey viene a ti, humilde y sentado en un burro” Es el siervo que no gritará y no voceará, no romperá la caña resquebrajada ni apagará la mecha que apenas arde (cfr. Is 42, 1-4, citado en Mt 12, 18-23); cura, pero no con milagros apabullantes, sino tomando sobre sí nuestras flaquezas, y cargando nuestras enfermedades (cfr. Mt 8, 17). Jesús es el “más pequeño en el Reino de los Cielos” (Mt 11,11), y es el que salva no con gestos de poder, sino haciéndose amigo de publicanos y pecadores, y desvelando de esta manera la sabiduría misteriosa de Dios (Mt 11, 19): la sabiduría de las bienaventuranzas que se encarna en su vida misma.

Jesús nos salva haciéndose pobre. Es esta una verdad simple, pero fundamental, y justamente ocupa un lugar central en la espiritualidad de la Orden. El texto legislativo más antiguo de los Siervos, las así llamadas “*Constitutiones antiquae*”^[52], tienen una sola cita bíblica explícita y es Mt 11, 29, recordada a propósito de los novicios, a los cuales el maestro debe enseñar «a tener humildad del corazón y del cuerpo según lo dicho: “Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón”»^[53]. Entonces, el modelo de Jesús «manso y humilde de corazón» está en la base de la formación de un siervo o de una sierva de María; y el

título de “siervo” que nosotros llevamos es un continuo recuerdo de nuestra radical pobreza, que una vez reconocida y aceptada, se convierte en raíz de comunión. El siervo, de hecho, no hace nada a título personal; el servicio excluye todo protagonismo, todo deseo de sobresalir, de tener reconocimiento. Como Jesús, el siervo no se complace a sí mismo, sino está al servicio del prójimo (cfr. Rm 15, 2-3). La ausencia de todo recuerdo de milagros en la vida de los padres, quiere por tanto expresar la pobreza de estos primeros siervos que de Jesús han aprendido que solo el encuentro entre los pobres, que se aceptan y se ayudan, hace posible el nacimiento de un mundo más fraterno.

El otro pasaje bíblico citado en la Legenda como fundamento de la tesis de que el hacer milagros no es por fuerza, índice de santidad, es Jn 13, 15.34: “Les he dado ejemplo... que se amen los unos a los otros, como yo los he amado” Con el lavatorio de pies Juan expresa la misma realidad indicada por Mateo con la afirmación de Jesús manso y humilde de corazón. Como en los sinópticos, Jesús en esta cena de despedida deja a sus discípulos un testamento espiritual: el mandamiento del amor y la promesa del Espíritu, es decir de una presencia diferente, y siempre real, de Jesús en medio de los suyos. Jesús está ahora presente a través de la comunión de amor de los discípulos. El gesto humilde del lavatorio de pies, dice como esta comunión debe realizarse. Y esto no comporta simplemente un compromiso ético, sino que es también un sacramento, en cuanto expresa el único camino para hacernos partícipes de la salvación. Jesús, de hecho, amonesta a Pedro, que se que se retrae casi asustado ante el gesto del Maestro: “Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo” (Jn 13, 8). Es una invitación a no excluirse del don que es Jesús mismo: un don que se acoge y se convierte en salvación, solo repitiendo el gesto del lavatorio, en el cual Jesús ha significado su dedicación y su amor «hasta el final de los tiempos». También en Jn 13, entonces, emerge la verdad, es decir, que solo encontrándose en una dimensión de pobreza y de servicio es posible la comunión.

El milagro del Amor

También en el párrafo 23 son citados otros pasajes del Evangelio de Mateo para demostrar que los milagros no son de por sí signos de perfección. «Cuando en el día del juicio, para demostrar la propia perfección y religiosidad, muchos exhiban como prueba los milagros diciendo: “Señor, en tu nombre expulsamos demonios, resucitamos muertos... (Mt 7, 22), etc.”., escucharán responder a Cristo, para demostrar que el hacer milagros es un signo falaz de perfección y religiosidad: “les aseguro que no los conozco” (Mt 25, 12); “aléjense de mí, hombres de iniquidad” (Mt 7, 23). Y no escucharán estas terribles palabras, solo si el hacer milagros fuese signo evidente de perfección y religiosidad».^[54]

Son los que “cometen iniquidad” aquellos a quienes Jesús rechaza. Iniquidad es un término que en los evangelios aparece solamente en Mateo (7,23; 13,41;23,28;24,12), en griego dice “*anomia*”, es decir, ausencia de la ley, aquella ley que Jesús ha venido no a abolir, sino a darle cumplimiento (Mt 5, 17), y que se compendia en el mandamiento del amor hacia Dios y hacia el prójimo (Mt 22,40). En Mt 24,12, la anomia está unida significativamente al ágape, al amor: en los últimos tiempos «por el extenderse de la iniquidad, el amor de muchos se enfriará». La iniquidad es la trasgresión o la ausencia de la ley que tiene en el centro el mandamiento del amor. Sin el amor, también los milagros pierden su sentido (cfr. 1 Cor 13, 1-3). En esta línea podemos comprender lo que Jesús ha querido decir, ordenando a sus discípulos enviados en misión: “Curen a los enfermos, resuciten muertos, limpien a los leprosos, expulsen a los demonios”(Mt 10,8). Estos milagros adquieren valor en la predicación del Reino de los Cielos, ya cercano, según el ejemplo de Jesús que no solo enseña, sino que cura. «Andaba por todo Galilea enseñando en las sinagogas y predicando el Evangelio del Reino y curando toda enfermedad del pueblo» (Mt 4, 23; cfr. 9,35). La palabra de Jesús es una potente fuerza de curación, porque

Jesús no enseña simplemente, sino el siervo «tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8,17) Estos milagros de curación podemos realizarlos también nosotros; son los milagros del amor que se carga con el sufrimiento ajeno.

Pobreza y discernimiento

El párrafo 24 de la Legenda menciona todavía un tercer motivo de la presunta ausencia de milagros en la vida y después de la muerte de los padres, un motivo esta vez tratado por la historia misma de los orígenes. Según el autor «Nuestra Señora quiso que ningún gran santo, realizador de auténticos milagros, fuera el iniciador de su Orden, para mostrar que solo Ella es la fundadora de la Orden consagrada en modo especial a su nombre». La fundación de la Orden, no puede ser atribuida ni al grupo de los siete primeros padres, ni a uno de ellos en particular, como seguido repetía: «Jamás fue mía, ni de mis compañeros la intención de fundar una nueva Orden, y que de nuestra comunión recíproca debiera germinar una tan grande cantidad de hermanos. Mis compañeros y yo pensábamos simplemente que Dios nos había inspirado a vivir juntos, para poder hacer más fácil y dignamente su voluntad, después de haber abandonado materialmente el mundo»^[55].

Después, sin embargo, en el curso de su experiencia comunitaria en Monte Senario, los siete comprenden mejor esta Su voluntad, que desean poner en acto. Mucha gente subía al monte y pedía ser acogida en su comunidad. «Fue entonces cuando los padres empezaron a pensar que el haberse reunido, por la tácita iniciativa de Nuestra Señora, y el haber sido impulsados por inspiración divina a poner su morada en un monte adecuado a su vida penitencial, no fuese solo para alcanzar la santidad y conservarla, sino también para unir a sí a otras personas deseosas de emprender un camino análogo de santidad y acrecentar así, la nueva Orden que por su medio nuestra Señora había iniciado»^[56] Ellos dejan, con dolor y fatiga la «*pinguedo contemplationis*»^[57] la plenitud y la abundancia de la contemplación- para retomar este nuevo camino comunitario, que no estaba en su programa, pero forma parte de un designio de Dios muy claro y preciso. Como la pobreza los había hecho capaces de encontrarse entre ellos, en una comunidad donde Jesús, maestro manso y humilde, les enseñaba a acogerse y a servirse, así también esta misma pobreza los llevaba a reconocer en los eventos la voluntad de Dios y a obedecerle, justo como pobres que no retienen nada para sí mismos.

Camino de liberación

De la Regla de Vida focalizamos esta vez el artículo 52, que ya habíamos revisado, tratando nuestro modo de vivir en el mundo.^[58] Este artículo nos pide ir al encuentro de los demás con simplicidad y disponibilidad, y nos recuerda que para hacer esto, son necesarias dos condiciones fundamentales: el amor de Cristo y la libertad de todo tipo de mecanismos de defensa y de prejuicios. El amor de Cristo, fuente inspiradora de todas nuestras acciones, no es tanto nuestro amor a Cristo, como el amor que Cristo tiene por nosotros y por el mundo entero. El artículo 28 nos dice que debemos amar al mundo como Cristo mismo lo ama. En la oración de Ef 3, 14-21, que se asume como conclusión de nuestra Regla, pedimos al Padre el don de experimentar «la caridad de Cristo que sobrepasa todo conocimiento».

Solo esta caridad de Cristo nos libera y nos permite tener una predilección por los más pobres «para estar con ellos en el fatigoso camino de liberación». El importante artículo 58 dice: «Sé consciente de que crecerás en la libertad evangélica, en la medida en que sepas desnudarte de ti misma para revestirte de Cristo. En tal libertad buscarás, poco a poco, la solución a los problemas que se te presentarán, con espíritu de obediencia y en la asunción plena de tus responsabilidades». Con estos artículos, me parece que estamos en línea, con el mensaje de pobreza dado por la Legenda: hacerse pobres para encontrar a otros pobres y caminar juntos en mansedumbre y humildad de corazón, perdonando,

sosteniendo y estimulando; y liberarse de todo apego que nos impida descubrir la voluntad de Dios y de realizarla, como la única y verdadera riqueza de nuestra vida.

Otras referencias útiles pueden tomarse del último párrafo del art. 60 («La comunión fraterna te llevará a aceptar serenamente las limitaciones comunes, a encontrar el valor y el apoyo para superar las dificultades inevitables»); del art. 15 (« Con toda confianza abandónate a la providencia del Padre y permanece sumamente libre en el uso de los bienes. Así podrás acoger en ti a Cristo y comunicarlo a los demás»); y en el segundo párrafo del art. 21 («Haciendo tuya la voluntad del Padre, realizarás tu unión con Él y caminarás así hacia la plena libertad»).

Toda nuestra vida consiste en el trabajo de un despojo jamás realizado en su totalidad. Este trabajo forma parte de nuestra historia con Dios que, precisamente porque conoce nuestra miseria, no cesa de llamarnos cada día y de esperar de nosotros una «libre y consciente respuesta de amor» (art. 55). El milagro de esta respuesta se realiza justo en la conciencia de nuestra inmensa pobreza y en la asunción misericordiosa de la pobreza ajena.

8. AMISTAD

Palabra para la Lectio: «Con cuerdas de ternura, con lazos de amor, los atraía» (Os 11,4).

Legenda VI, 29: Sello de perfección

Regla de Vida RM: 53

Este último esquema tiene como palabra inspiradora la primera parte del versículo 4 del capítulo 11 de Oseas, del cual, la Legenda de Origen toma solo dos palabras, para expresar en forma sintética la experiencia de la amistad que ha originado y acompañado el itinerario espiritual y religioso de los Siete.

El seno de Dios

El capítulo 11 de Oseas es fundamental para comprender el concepto que el profeta tiene del amor de Dios. En el capítulo 2 este amor era considerado bajo la imagen del amor conyugal: un amor apasionado y traicionado, pero que no obstante todo, se mantiene fiel al deseo de donar la propia existencia a la persona amada. El capítulo 11 habla del amor de Dios bajo otro ángulo, el del amor de una madre por su hijo. Estos diversos modos nos hacen comprender como ninguna concepción humana logra definir la realidad de Dios ni satisfacer su infinita riqueza.

En Os 11, 1-7 se nos describe el cuidado de Dios para con “el niño” Israel a través de una confrontación entre los gestos y acciones que normalmente una madre realiza con su propio hijo^[59]. De hecho, Dios enseña a Israel a caminar tomándolo de la mano, y realiza una función, que es principalmente materna, es decir, da de comer a su pequeño.

El v. 4 contiene otra imagen y resulta complicado por algunas dificultades literarias. Según la traducción CEI, Dios era para Israel «como quien levanta un niño hasta sus mejillas». Es una traducción quizá no muy adecuada, porque el texto hebreo, como se advierte en las notas de la Biblia de Jerusalén, no dice “mejillas” sino “yugo”, un término que parece fuera de contexto: «era para ellos como quien quita el yugo del cuello». Nosotros preferimos no corregir el texto hebreo, sino conservarlo tal cual es, porque introduce una idea importantísima: ama verdaderamente al que ayuda a los demás a crecer en la libertad. Dios les quita el yugo a sus hijos, es decir, su amor los libera. No solo les enseña a caminar y les da de comer, sino les dona el bien más precioso de la vida: la libertad. La imagen del yugo nos lleva al mundo animal, a la que hace alusión la primera parte del versículo: los atraía con lazos de amor, es decir, no con correas con las que se atan a los bueyes al arado (Cfr. Is 5, 18). Los lazos de Dios son solo lazos de amor. El

texto hebreo dice: con cuerdas “de hombre”^[60]. La humanidad auténtica es dada por el amor. En un cierto sentido Dios se comporta humanamente dirigiéndose con amor hacia Israel. La “humanidad” de Dios está justamente en esta forma materna de amar a Israel.

Una cierta atención amerita también el verbo “atraer”; que nos lleva al Cántico 1,4, donde la esposa dice: “llévame contigo” reconduciéndonos al amor conyugal del capítulo 2 de Oseas. Como puede verse, las imágenes se sobreponen una sobre otra. “Llévame”, dice la esposa que espera la gracia del amor. Jesús, hablando del Padre y de sí mismo, dirá: «Ninguno puede venir a mi, si no lo atrae el Padre que me ha enviado» (Jn 6,44); «Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mi» (Jn 12, 32).

No obstante este cuidado amoroso de Dios, Israel se aleja volviéndose a “Baal”; y de este modo, provoca su propia ruina. De frente a esta situación en el corazón materno de Dios se desarrolla un drama, descrito en los versículos 8-9. «El corazón me da un vuelco, todas mis entrañas se estremecen. No me dejaré llevar por mi ira». En Dios se enfrentan dos sentimientos: la ira y el remordimiento. Antiguas traducciones leen en lugar de remordimiento “compasión”, que equivale a la expresión “seno materno”. La ira, sería entonces el contrario de un comportamiento materno de comprensión y de perdón.

Tenemos una representación dramática de este comportamiento divino lo vemos entre José y sus hermanos, un encuentro donde el amor vence sobre el resentimiento y la ira. El sentido del seno materno resalta en el momento en que José ve a su hermano más pequeño, Benjamín: «Pero entonces José tuvo que salir rápidamente fuera, porque se había emocionado^[61] al ver a su hermano, y estaba a punto de llorar. Entró en su habitación y allí estuvo llorando» (Gen 43, 30). También lo encontramos en la parábola del hijo pródigo, cuyo regreso suscita la conmoción del padre (Lc 15, 20: «Su padre lo vio, y, profundamente conmovido, [el verbo contiene el término “vísceras”] salió corriendo a su encuentro»). También Jesús siente compasión de frente a la gente, que están como ovejas sin pastor, necesitados de todo, y a ellos, como una madre que se preocupa de nutrir a su hijo, les da el alimento material y espiritual de su palabra.

Dios decide sofocar su ira, dando libre ingreso al sentimiento materno. «No me dejaré llevar por la ira, no volveré a destruir a Efraín, porque yo soy Dios, no un hombre; en medio de ti yo soy el Santo, y no me agrada destruir» (11, 9). Aquí “hombre” (en hebreo ‘ish) no está tomado, probablemente, en el sentido genérico de género humano, - para decir humanidad, hemos visto que Oseas usa el término “Adam” – pero en el sentido propio de ser masculino (Cfr. Gen 2, 23), aquel que en la sociedad de entonces ejercía el poder en la familia, en la política, en la justicia, e iba a la guerra. Dios, entonces, no es un ‘ish, es decir, aquel en el que prevalecen la prepotencia, la ira y la violencia en el castigar, sino que es el Santo, cuya acción jamás es destructiva, sino que siempre protege, nutre, motiva.

Diciendo que es la madre, con su compasión, quien trata de darle lo mejor a su marido, el profeta no pretende hacer un discurso romántico sobre la feminidad como símbolo de dulzura y de piedad. Lo que Oseas nos quiere decir, es que la salvación no viene con el poder, el dominio, o la violencia, sino con la compasión, es decir, a través la participación en las situaciones intrincadas y dolorosas en las que una persona puede encontrarse. El símbolo de Dios-madre impide fundamentar sobre Dios un discurso que justifique la violencia y la prepotencia, y nos invita a buscar cada día nuevos caminos de solidaridad, de participación y de justicia.

En esta profecía de Oseas vemos como prefigurado el descendimiento del Hijo de Dios en la impotencia de la cruz: la pobreza del amor que es simplemente un don. Dios sufre con nosotros, aún permaneciendo siempre en el Otro, en el Santo. (como Dios). Oseas ha comenzado ya a marcar la línea de una “teología de la cruz”.

Sello de perfección

Después del conflicto sobre la vida y la muerte de fray Alejo (cap. V, nos. 26-28) la LO retoma el tema de la perfección que los Padres habían adquirido antes de ir a vivir juntos. El capítulo VI describe toda clase de actividades que los siete practicaban en el mundo antes de retirarse a la vida comunitaria en «una pequeña casa en la esquina del cementerio de los Frailes Menores, situada a la derecha iglesia de dichos frailes y a la entrada de su plaza»^[62]. Esta preparación se alcanza a través de una vida penitente, caracterizada por una “conversión” personal y un empeño de pobreza colectiva. Además «quien entre ellos estaba unido en matrimonio, desvinculándose del mismo con el consentimiento de sus respectivas cónyuges y de acuerdo con las disposiciones del derecho, dejaron también que se consagraran al servicio divino» (LO 30)^[63].

Todo esto se alcanza en un clima de amistad profunda que es como el sello de la perfección de los Siete. «Ellos no se conocían entre sí, porque vivían en diferentes zonas de la ciudad. Pero luego, primero uno con otro y luego todos juntos, se encontraron unidos interiormente por los lazos de una perfecta amistad y por los vínculos del amor» (LO 29)^[64]. La cita de Os 11,4 – la única cita bíblica explícita del capítulo sexto- sirve, entonces para connotar la profunda (perfecta, dice en latín) amistad que unía a los Siete. «Era justo, en efecto, que la amistad uniera interiormente con sus vínculos de amor espiritual a los que ya estaban unidos por la semejanza en la misma perfección y santidad; y que poco más tarde nuestra Señora los reuniera en vida común para fundar nuestra Orden» (LO 29)^[65].

Amistad siempre está conjugada con caridad. Se trata de *amicizia caritatis*, una amistad, es decir, que no pertenece al orden natural de los sentimientos, sino que está inspirada a esa *caritas* que es el amor gratuito de Cristo. De hecho el párrafo 29 se cierra con el recuerdo de Cristo, “por amor del cual estaban comúnmente ligados por dicha amistad”.

Esta amistad de caridad, dice el párrafo 29, recibe una doble confirmación, ante todo la del «perfecto acuerdo en el valorar, a la luz del querer de Dios, las cosas divinas y humanas», después la del sufrimiento provocado al estar lejos unos de los otros: «la separación por más de una hora producía en ellos malestar y sufrimiento». Aquí recogemos el eco del mismo deseo de Pablo que muchas veces en sus epístolas expresa el ansia de volver a ver a los hermanos, porque estando junto a ellos se siente reforzado en la fe. Así en la primera carta a los Tesalonicenses escribe: «En cuanto a nosotros, hermanos, alejados temporalmente de ustedes – alejados por la distancia y no por el cariño- hemos deseado con ansia volver a verlos cuanto antes» (2,17); «Día y noche rogamos a Dios con insistencia que nos conceda visitarlos personalmente, para completar lo que aún falta a su fe» (3,10). También a los romanos, que aún no conoce, pero con los cuales tiene necesidad compartir los dones recibidos, les dice: «Deseo ardientemente verlos, para comunicarles algún don espiritual que los fortalezca; o más bien para confortarnos mutuamente en la fe común, la de ustedes y la mía» (Rm 1,11-12).

En este sufrimiento por la separación por solo una hora solo, debemos ver la voluntad de crecer juntos, de no ceder jamás a la tentación de hacer solos lo que quizá se podría hacer mejor y más rápido juntos, aceptando con paciencia los ritmos de cada uno. Aquí se expresa la absoluta confianza en el valor de la vida comunitaria, que para la Legenda su punto de partida es la amistad. La amistad, de hecho, ayudó a los Padres a permanecer fieles a su propósito de vida penitente, pero también hizo «surgir en ellos la idea de vivir

juntos, en una unidad no solo espiritual sino también de vida concreta, a modo de sostenerse recíprocamente con los buenos ejemplos, las palabras y las obras» (LO 29)^[66].

El influjo de la concepción religiosa agustiniana es aquí por demás evidente. Para San Agustín, que inició viviendo su experiencia religiosa junto a un grupo de amigos^[67], es inconcebible la búsqueda de la verdad sin la comunión: sin la amistad no puede existir una búsqueda religiosa, es más ni una vida humana. En una carta a San Jerónimo le expresa la importancia suprema de este valor: «Te confieso que encuentro tanto más natural el abandonarme al afecto [de los amigos] cuanto más estoy oprimido por los escándalos del mundo: en su corazón encuentro reposo, libre de preocupaciones, estando persuadido de que ahí está Dios y en Él me abandono seguro y seguro me reposo. En esa seguridad, no temo la incertidumbre del mañana, propia de la fragilidad humana. [...] Cuando, de hecho, me doy cuenta de que alguno está encendido de amor cristiano, gracias al cual se ha hecho mi amigo fiel, cualquier proyecto o pensamiento que yo le confíe, no lo confío a una persona humana, sino a Aquel en el cual él permanece y por quien es lo que es.. Dios es, de hecho amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» .^[68]

La amistad introduce en nuestras relaciones esa apertura, esa confianza, esa libertad y esa carga afectiva sin la cual la vida común se enfría: es una vida que dice poco.

La *Legenda* recuerda también la amistad que los Siete tuvieron con San Pedro de Verona, llegado a Florencia en el 1244 para predicar contra la herejía. Los Padres eran asiduos a su predicación y, escuchándolo, «comenzaron a amarlo intensamente por ese fervor del Espíritu Santo que veían en él. Querrían por ello, conocerlo y estrechar con él una amistad profunda (*coralis*, dice en latín, es decir una amistad que surja del corazón y uniera los corazones), hasta tomarlo como especial padre y señor y único consejero en su camino hacia la salvación» (LO 51).^[69] Aquí es interesante la alusión al conocimiento^[70] que lleva a la amistad. Muchas veces falta en nosotros el deseo de conocer verdaderamente al otro, aparte de sus palabras y su modo de actuar; si alimentáramos en nosotros ese deseo, más fácilmente se abriría la puerta de la amistad. El amigo, en fin, se convierte para los padres en guía y maestro espiritual, en base al afecto y al conocimiento que los une.

Don de Dios

El Art. 53 de la Regla de Vida dice: «Considera la amistad como don de Dios. La acogerás con alegría cual recíproco enriquecimiento, y la vivirás como participación de la fraternidad hacia los demás». No es acaso esta única alusión a la amistad la que recorre todo el capítulo VII dedicado a la “Vida en el mundo”, es decir, al capítulo más importante de la Regla. Esto, de hecho, nos recuerda que en el mundo debemos vivir con esa simpatía y participación que solo la amistad puede dar. La vocación secular exige este amor pleno y cordial del mundo, con todos sus problemas.

La amistad es un don de Dios; es la amistad de caridad, de la que habla la *Legenda*. Surge de la fe en Cristo y lleva a ver en todos la presencia de Cristo. Nos enriquece recíprocamente, porque nos hace más humanos, capaces de acoger las dimensiones más profundas de la vida y de las personas. Es una amistad que se vive no solo al interno del grupo, sino que se dilata hacia el exterior, se hace medio para participarle a los demás con naturalidad, la verdad que le ha dado sentido y alegría a nuestra vida.

Aún cuando el término “amistad” aparece una sola vez en la Regla de Vida, muchos artículos hacen referencia al amor total y gratuito que caracteriza nuestras relaciones al interno de la Familia y nuestro servicio al mundo.

El artículo 2 dice que nuestra Familia debe ser «amada con fidelidad en las horas alegres y en las tristes» - el amor fiel de la amistad-, aportándole «una contribución de amor» antes que otra cosa.

El artículo 3 se refiere al mandamiento del amor, como distintivo de la experiencia cristiana (Cfr. Jn 13, 35); este amor, que nos une en una sola familia, nos lleva a vivir con simplicidad y profundidad nuestras relaciones.

Estos conceptos son retomados en el artículo 36: «[...] nutrimos un profundo amor hacia la Familia, manteniéndonos en un constante comportamiento de lealtad y disponibilidad».

El último párrafo del artículo 7 coloca a Santa María como inspiradora de un «servicio de amor aún hasta el sacrificio».

El artículo 38 recuerda como, en conformidad al anuncio evangélico de Mt 25, 31-46, el amor se concretiza en la acogida y en la hospitalidad sobre todo hacia quien ha sido probado por el sufrimiento. La amistad se verifica en la hora de la necesidad.

También la autoridad debe ser ejercitada en un clima de amistad, es decir «en comportamiento de amor, de atenta escucha y de ayuda hacia los demás» (art. 39; cfr. también el art. 66).

[1] Cfr. *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, I, p. 191.

[2] *Ibidem*, I, p. 215-216.

[3] *Ibidem*, I, p. 216.

[4] Cfr. *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, II, p. 46, n. 75.

[5] Cfr. F. A. DAL PINO, *Los frailes Siervos de S. María de los orígenes a la aprobación (1233 aprox. –1304)*, I, *Historiografía –Fuentes – Historia*, Lovaina 1972, p. 287-288.

[6] *Ibidem*, p. 290.

[7] La nueva traducción CEI presenta “ciudadanía”, acercándose más al término griego, *politeyma*, que quiere decir la participación a la vida de la ciudad, la forma de comportarse como ciudadano.

[8] Cfr. también 2 Tim 4, 6.

[9] Cfr. *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, I, p. 214.

[10] *Ibidem*, I, p. 228: “Se metían en las iglesias y en los lugares recogidos y solitarios, donde poder dedicarse más libremente a la contemplación”.

[11] Cfr. el primer esquema *Primado de Dios*.

[12] Se puede ver, por ejemplo, lo que dice S. Agustín en la obra *La doctrina cristiana* 1, 22-41, en *Obras de San Agustín*, VIII, Roma 1992, p. 32-55.

[13] *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María* I, p. 234.

[14] *Ibidem* p. 212-214.

[15] En las citas de la Escritura, la *Legenda de Origine* sigue en general la versión de la Vulgata hecha por la Universidad de París. En la época medieval se habían multiplicado las copias de la Vulgata y las variantes de esa. La universidad parisina trató de reconstruir el texto original, acompañado de los elencos de todas las correcciones hechas. Tal edición se impuso y será adoptada por muchas biblias impresas, comenzando por la primera, la famosa Biblia de Gutenberg de 1452-1455.

[16] Los masoreti (hombres de la tradición), que comenzando con el s. II d.C. fijaron y transmitieron el texto sagrado en forma oficial y normativa para todas las comunidades hebreas, han visto la necesidad, por razones que desconocemos, de aportar algunas correcciones. Ya que la palabra escrita (Ketib) no podía sufrir modificaciones, trataron de señalar con un círculo (°) el término que querían cambiar, rescribiéndolo al margen como tenía que leerse (qeré). El *ketib* de Job 13, 15 dice: “Me mate, no le esperaré en silencio”, pero los masoreti, cambiando *lo'* (non) in *ô* (en él), han leído (*qeré*): “yo lo esperaré (esperaré en él)”.

[17] D. M. MONTAGNA, *Ecos de experiencia monástica en Monte Senario en el mil doscientos*, en “*Studi Storici OSM*”, 29 (1979), p. 239.

[18] *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, I, p. 235.

[19] Cfr. *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, I, p. 235-241.

[20] *Ibidem* p. 236.

[21] *Exposiciones sobre los salmos*, II, en *Obras de San Agustín*, Città Nuova, Roma 1970, p. 1195-1197.

[22] Con el nombre de *haftará* se entiende un pasaje del libro de los profetas que se lee después del Pentateuco la mañana del sábado y en los días de fiesta solemne. Cfr. Lc 4, 16ss, donde tenemos un ejemplo de lectura sinagoga del sábado. A la lectura de la torah sigue la *haftará* que en este caso es Is 61.

[23] Cfr. *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, I, p. 239 - 241.

[24] *Miqra'* en hebreo, que quiere decir lectura, convocación, celebración festiva.

- [25] Que apareció en el periódico italiano *Sole 24 Ore, Domingo*, del 29.12.2002, p. 27
- [26] U. VANNI, *Corintios (II carta a los)*, “Nuevo Diccionario de Teología Bíblica”, Paulinas, Cinisello Balsamo 1988, p. 304.
- [27] Cfr. un diccionario bíblico, como por ejemplo V. Fusco, *Parábola/parábolas*, “Nuevo Diccionario de Teología bíblica”, por P. Rossano, G. Ravasi, A. Girlanda, ed. Paulinas, Cinisello Balsamo 1988, p. 1081-1097.
- [28] “Las estrellas Pléyades son siete y pertenecen a la constelación de Tauro, en cuyo signo el sol entra el 15 de abril. Por lo que surgen sólo en la primavera, cuando el sol, con sus rayos más calurosos, encierra la tierra y la dispone para el arado, hace crecer las plantas y las cubre de flores” (LO 22). El relato de la escritura es Job 38, 31 leído según el comentario de Gregorio Magno (*Moralia sive Expositio in Iob*, I. XXIX, cap. XXXI), el cual precisa el número siete de la Pléyades – precisión que el texto bíblico no tiene – y se refiere también a las siete estrellas y a los siete dones del Espíritu Santo.
- [29] *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, I, p. 207.
- [30] *Ibidem* p. 209.
- [31] *Ibidem*, p. 191.
- [32] *Ibidem*, p. 209-210.
- [33] Es interesante notar que esta misma convicción llega al joven Francisco de Siena, cuando comprende que la orden “evita a los hombres”, que había escuchado en un predicación del beato Ambrosio Sansedoni, dominico de Siena, y le había suscitado el deseo de una vida solitaria, no quería decir la ruptura de toda relación con las personas, sino la separación de los vicios de este mundo (*Legenda del beato Francisco de Siena*, 5 y 7, en “*Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*”, I, p.339-341).
- [34] Cfr. F. A. DAL PINO, *Los frailes siervos de S. María de los orígenes a la aprobación (1233 aprox. – 1304)*: I, p. 416-418.
- [35] *Fuentes franciscanas*, editio minor, editores franciscanos, Asis 1986, p. 206.
- [36] *Legenda maior*, cap. I, 1: “*Fuentes Franciscanas*”, editio minor, p. 519.
- [37] *Legenda maior*, cap. I, 4: “*Fuentes Franciscanas*”, editio minor, p. 522.
- [38] En la Biblia CEI se lee que “todos gozaban de gran estima”. Más que del suceso o de la simpatía de la gente – valores muy relativos - aquí se quiere referir a la gracia de Dios, es decir del amor de Dios que se hace visible a través de la vida fraterna.
- [39] *Ibidem*, p. 246.
- [40] *De sermone Domini in monte*, I, 4, 11, en *Obras de San Agustín*, X/2, Città Nuova, Roma 1997, p. 91.
- [41] « Justo, temer a Dios, es sabiduría / y esquivar el mal, esto es inteligencia ».
- [42] *De Trinitate*, 12, 14, 22, en *Obras de San Agustín*, IV, Città Nuova, Roma 1973, p. 492.
- [43] Cfr. *De Trinitate* 12, 9, 14, *Ibidem*, p. 483.
- [44] Agustín, *De doctrina christiana* 2, 7, 10, en *Obras de San Agustín*, VIII, Città Nuova, Roma 1992, p.69-71.
- [45] *Ecos de experiencia monástica en Monte Senario en el mil doscientos*, p. 249.
- [46] En realidad, al menos por lo que toca a San Alejo, la *Legenda* refiere una visión de Cristo y de ángeles, que habría tenido el último día de su vida, según un testimonio recogido por “Fr. Lapo de Florencia, sobrino de Fr. Sostengo y presente en el momento de su tránsito” (no.28).
- [47] Cfr. también el esquema 5, nota 30.
- [48] El 1233, como año de nacimiento de Felipe y junto al de la Orden de los Siervos, fue ya recordado en el párrafo 11. En el 10 se dice que la Orden nace cuando ya habían muerto Domingo –en 1226- y Francisco –en 1221- y mientras sus frailes comenzaban a extirpar la herejía. A su vez, el párrafo 22 afirma que los padres *oriri mundo corporaliter inceperunt*, es decir, nace cuando estaban aún vivos Domingo y Francisco, es decir antes del 1221, y mientras sus Ordenes ya estaban desarrollándose, por tanto alrededor de 1215 en adelante. Por lo tanto si los siete nacieron entre 1215-1221 ¿cómo han podido ya fundar la Orden en 1233? Mas aún que algunos de ellos ya estaban casados o eran viudos (cfr. Par. 16). Muy probablemente 1233 es el año de nacimiento de Felipe, no de la Orden, cuyos orígenes se colocan después del 1233 y antes de 1244, año de la venida de Fray Pedro de Verona a Florencia.
- [49] Según la *Legenda*, fray Alejo muere a 110 años (cfr. no. 28) y esto por voluntad de la Virgen María. De hecho “Agradó a Nuestra Señora librar de la muerte corporal al hermano Alejo hasta nuestros tiempos, para que por sus relatos conociéramos el origen seguro de nuestra Orden, y así pudiéramos transmitir el recuerdo de esos comienzos a los hermanos que ingresaran en nuestra Orden hasta el fin de los tiempos.” (no. 26: *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de Santa María*, I, p. 222). De hecho, también del testimonio de fray Alejo permaneció aquello que fue confiado a la memoria del autor de la *Legenda*, después que el precioso escrito, sobre el que fueron anotados los recuerdos del venerado fraile, se perdido (cfr. *Ibidem*, I, p. 223).
- [50] *Discurso* 69, 2 en *Obras de San Agustín*, XXX/I, Città Nuova, Roma 1982, p. 383. La referencia a este discurso agustino sobre la humildad/pobreza se encuentra también en la conclusión de la sesión arcaica de la *Legenda* (párrafo 49), que termina, como se recordará, con el descenso de los Siete «del monte de la mundana soberbia... hasta la humildad que es el fundamento de las virtudes».
- [51] *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de Santa María*, I, p. 218-219.
- [52] *Ibidem*, pp. 109-144.
- [53] *Ibidem*, p. 124.

[54] *Ibidem*, p. 219

[55] *Ibidem*, p. 220.

[56] *Ibidem*, p. 247.

[57] En la edición latino-italiana de “*La Legenda de Origine Ordinis*” de los Siervos de María, de E.M. Toniolo, Roma 1982, está sugerida la referencia al libro de los Jueces 9, 8-9 (el célebre apólogo de loatham). Los árboles tiene necesidad de un rey y se ponen en camino hasta encontrar el más adecuado. Ofrecen el reino en primer lugar al olivo, el cual responde desdeñosamente: «¿Renunciaré a mi aceite (latín: *numquid possum deserere pinguedinem meam...?*), gracias al cual se honran dioses y hombres, para ir a agitarme entre los árboles?». La misma respuesta reciben del higo y de la vid. Así los árboles encontrarán solo a la zarza dispuesta ser rey, aún cuando no sea muy capaz. En la edición de las *Fuentes histórico-espirituales*, I, p. 247, la referencia a Jue fue hecha a un lado, porque no parecía del todo pertinente. Pero una ulterior reflexión nos lleva a pensar que quizá el autor de la “*Legenda*” trataba de establecer una relación entre el comportamiento del olivo, y de las otras dos plantas, y el de los Padres. En Jue se trata de describir la situación penosa de Israel por falta de guías auténticos o por el rechazo de parte de quien era llamado a asumir una tarea y una responsabilidad, por no renunciar a su situación de comodidad. Los Padres, en cambio, dejan la riqueza de su contemplación y se ponen al servicio, entrando en un camino no según sus deseos, sino ciertamente conforme a la voluntad de Dios.

[58] Cfr. Esquema 3.

[59] La nota de la Biblia de Jerusalén dice: «Este capítulo es estrechamente paralelo a 1-3. Después de la analogía del amor conyugal traicionado, viene aquel del amor paterno subestimado». Oseas, sin embargo jamás aplica a Dios un apelativo de padre y las acciones descritas en el capítulo 11 son claramente las de una madre. Algunos exegetas proponen otras posibilidades de traducción que acentuarían el carácter materno de este capítulo: “enseñar a caminar” podría ser entendido como “amamantar” y las “mejillas” podrían indicar “pecho”. Cfr. María Teresa Wacker, “¿Dios como madre?”, “*Concilium*” 6/1989, p. 139-149.

[60] Mientras la Vulgata traduce a la letra “*in funiculis Adam*”, la versión griega lee “en medio de la ruina de los hombres”, jugando con el doble significado del término hebreo que quiere decir “lazos” y también “angustia, trabajo”, e insertando con esto, una ulterior reflexión: en cualquier situación dolorosa, Dios no está lejos de su pueblo y continúa amándolo con particular predilección.

[61] Literalmente: *porque sus vísceras se habían conmovido en su hermano*.

[62] *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de Santa María*, I, p. 229. Sobre la dificultad de esta noticia y la ubicación de la primitiva morada de los Frailes Menores en Florencia, cfr. F. A. DAL PINO, *Los frailes Siervos de Santa María de los orígenes a la aprobación (1233 aprox.-1304)*, I, p. 31, nota 27; 70, nota 60; 314-315, nota 32.

[63] *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de Santa María*, I, p. 227.

[64] *Ibidem*, p. 226. Recordemos que todo el capítulo VI es de adjudicarse al primer redactor, aún con algún retoque del redactor final. Cfr. F. A. DAL PINO, *Los frailes Siervos de S. María de los orígenes a la aprobación*, I, pp. 309.

[65] *Ibidem*, p. 227.

[66] *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de Santa María*, I, p. 227.

[67] Ya en el 384, tres años antes de ser bautizado, Agustín proyecta con algunos amigos una comunidad dedicada al estudio, a la meditación y al trabajo. Cfr. cuanto escribe a este propósito en las Confesiones: «Habíamos ya casi concebido, además de auspiciado, vivir en tranquilidad, lejos de la gente, reuniendo en común, para hacer posible esta vida, todo aquello que cada uno poseía y constituyendo un patrimonio único, de modo que en esa amistad sincera no existiera jamás lo mío o lo tuyo, sino una propiedad única, que resultaba de todos: era todo de cada uno y todo de todos» (6,14).

[68] *Carta 73*, 10 en *Obras de San Agustín*, XXI, Città Nuova, Roma 1969, p. 591-593.

[69] *Fuentes Histórico-espirituales de los Siervos de Santa María*, I, pp. 250.

[70] Para la relación entre conocimiento (*notitia* dice la LO) y amor, cfr. los párrafos 45 (la gente quiere conocer la comunidad de Monte Senario y este conocimiento lleva al deseo de unirse a ella) y 48 (el conocimiento y el amor de Dios).